

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

NADA HUMANO ME ES AJENO

COLEGIO DE HUMANIDADES y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

**Despedida en año bisiesto
y otras maneras de decir adiós (cuentario).**

Obra literaria con poética

TRABAJO RECEPTACIONAL

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADA EN CREACIÓN LITERARIA

P R E S E N T A :

ANDREA VALERIA VERGARA CAMACHO

DIRECTORA

DRA. LETICIA ROMERO CHUMACERO

Ciudad de México, mayo de 2025.

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

*Pronto no fueron sólo los cuerpos, nuestros espíritus
también se quedaron pegados. Hasta que, al final, no
nos quedó otra salida que suicidarnos juntos.*

HIROMI KAWAKAMI

*En este mundo cada uno tiene su particular abismo. Mis
desgracias o las tuyas son nimias, en el mundo hay cosas
mucho peores, cosas que, si nos ocurrieran a nosotros, nos
destrozarían y nos matarían al instante. Porque nosotros
gozamos de una situación bastante feliz y aventajada. Y no
hay que avergonzarse de ello.*

BANANA YOSHIMOTO

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México y en especial a los profesores que conocí en el Plantel Cuauhtépec y en el Plantel Del Valle por darme las herramientas para continuar con mi formación profesional. Se vienen a la mente tantos nombres que, si omito alguno, les ruego me disculpen. Mis queridos profesores: José Carlos Vilchis, Silvia Reséndiz, Blanca Luz Pulido, Carlos Humberto López, Xhevdet Bajraj (QEPD), Eduardo Santiago Ruiz, Leticia Romero Chumacero porque gracias a sus consejos, sus críticas constructivas y por compartir sus conocimientos he aprendido a ser una mejor escritora.

Agradezco infinitamente a mi asesora, la doctora Leticia Romero Chumacero. Su enorme amor por la literatura, su manera paciente y maravillosa de enseñar me ha dejado tantas veces fascinada. Gracias por todo.

Gracias a mi madre, Verónica, por permitirme estudiar una segunda licenciatura (sí, otra vez de literatura) y escucharme cuando leo cualquiera de mis textos emocionada. A mi hermano, Sebastian, por estar siempre. A mis abuelos, Aniceto y Guadalupe, la inspiración de todos mis días. A mis tíos y primos que, como muérganos, vivimos juntos y me ven leyendo o inventando historias. A mi familia que siempre me acompaña.

Gracias a mi esposa, Fabiola, por la admiración mutua, porque cuando escribo solo me mira tranquila y me recuerda aquellas palabras que le pronunció su esposa a Vargas Llosa: “para lo único que tú sirves es para escribir”. Te amo tanto.

Gracias a Omar Villafán y a Miriam (Tikish) por ser inspiración de algunos de estos cuentos. Por compartir la vida conmigo y crear en mi mente tantas historias.

Gracias a mí por no soltar la pluma, por permitirme compartir lo que imagino con otros, por aceptar la crítica siempre con miras a mejorar. Y porque ya he aprendido qué significan las Ítacas.

¡Vamos a continuar navegando!

EL PAÍS DEL SOL NACIENTE: INFLUENCIA LITERARIA

La escritura de autores mexicanos se ha visto influenciada por corrientes, autores, motivos y estructuras narrativas de otros países. Tal es el caso del Romanticismo francés y del Modernismo surgido en Latinoamérica que transformó el quehacer literario. Pero, los países europeos y latinoamericanos no son la única fuente de inspiración para los mexicanos; la literatura nipona también ha permeado en las obras creativas desde la poesía (haikus) hasta la narrativa (cuento y novela). Como menciona Shusuke Tsurumi, «la literatura se nutre de otras literaturas» (12), esto permite que los escritores se enriquezcan con otras formas de ver y representar la narrativa.

La interacción con Japón ha influido en la escritura de figuras como José Juan Tablada, Octavio Paz, Guadalupe Nettel, Daniela Camacho, Mario Bellatín, Efrén Rebolledo, por mencionar a algunos. Desde su particular interés han plasmado vocabulario, imágenes, ideas, temas, construcciones en sus obras y éstas han sido analizadas en tesis y trabajos de orden académico (Guillaumin, 16-36).

Los autores eligen estructuras narrativas, voces, espacios o rasgos que caracterizan a la literatura japonesa y los trasladan o recrean en sus propios textos. Algunos de estos elementos temáticos, por ejemplo, son la soledad, la alienación de los personajes, el mundo onírico, la separación o la ruptura de relaciones (no solo de índole amorosa), los recuerdos o la añoranza por el pasado.

Debido a la influencia de Japón, surge el presente trabajo en el cual se abordará la estructura narrativa oriental kishōtenketsu para realizar un análisis comparativo con obras de dos autoras japonesas y una selección de la propia obra, mostrando la influencia en la escritura a partir de elementos temáticos, hilos conductores (de motivo y personaje) y de la estructura narrativa de cuatro actos.

Con estas ideas iniciales, en el primer capítulo de la poética se detallará brevemente lo que significa el periodo Heisei (que abarca desde 1989 hasta 2019) y se presentarán a las dos autoras pertenecientes a este periodo –Kawakami Hiromi y Yoshimoto Banana– que son la inspiración para la escritura del cuentario.

Posteriormente, en el segundo capítulo abordaremos diferentes conceptos sobre lo que es el cuento para tratar de obtener una definición propia. De igual manera, se explicarán las estructuras narrativas centrándonos en el kishōtenketsu, con el cual analizaremos los textos seleccionados.

En el tercer capítulo se realizará un análisis intertextual entre tres cuentos propios y tres cuentos de las autoras mencionadas partiendo de la estructura narrativa oriental y los hilos conductores de personajes y motivo presentes para demostrar la influencia presente de estas autoras y las temáticas de los cuentos japoneses contemporáneos.

Finalmente, se presenta el cuentario *Despedida en año bisiesto y otras maneras de decir adiós*, escrito durante la licenciatura.

CAPÍTULO I

EL PERIODO HEISEI Y LA PRODUCCIÓN LITERARIA EN JAPÓN

Japón se divide en periodos que abarcan los años que permanece el emperador en el poder. La era o periodo Heisei significa «alcanzando la paz» y comenzó con el ascenso de Akihito como emperador el 8 de enero de 1989. Este periodo que se creía sería resplandeciente y próspero para el país del Sol Naciente, resultó ser todo lo contrario. La crisis por la explosión de la burbuja económica con la caída de la bolsa de Tokio, tsunamis, sismos, el accidente nuclear de Fukushima, el desempleo y el desánimo generalizado de la población, corrupción, entre otras cuestiones se retrataron en las obras de autores y autoras nipones (Barbosa, 77-91).

La tradición literaria se transformó a raíz de los hechos ocurridos en el país. Surgieron nuevas temáticas en las obras literarias debido a los cambios en el contexto social: la importancia del dinero, las relaciones amorosas monótonas y el rechazo de las mujeres a ser madres y amas de casa como en la Era Shōwa¹ fueron un leitmotiv.

Encontramos historias de autoras y autores que ofrecen una mirada deprimente, solitaria, en búsqueda de una identidad donde la voz narrativa —casi siempre un *yo protagonista*— nos envuelve en un halo de desesperanza y añoranza al mismo tiempo. Los y las protagonistas son incapaces de formar vínculos sólidos y actúan de manera un tanto indiferente ante las tragedias o rupturas; contrario a la perspectiva que se tiene en Occidente. Este actuar de los personajes al enfrentarse a un duelo será uno de los temas que se trabajarán más adelante.

¹ Shōji Kaori, «Hitos de la cultura pop de la era Heisei: un largo beso de despedida con la era Shōwa», 2019.

Otro aspecto que considerar durante el periodo Heisei es la irrupción marcada de las escritoras porque han sido traducidas, publicadas y distribuidas en diferentes países. Las autoras nacidas en la década de los setenta comienzan a tener auge durante los treinta años de este periodo. Acreedoras a premios literarios lo cual les abre camino ante el mundo, ya que autoras como Sayaka Murata, Yōko Ogawa o Hiromi Kawakami han obtenido uno de los premios más importantes en Japón: el Premio Akutagawa, en honor al autor Ryunosuke Akutagawa. Dicho premio las hace sobresalir y por lo tanto ser más leídas.

Carlos Rubio enfatiza dos vertientes que han logrado posicionar a las autoras japonesas no solo en Japón sino también en otros países de Europa y América del Norte y son «la internacionalización de la subcultura *Cool Japan*, [y otra es] el efecto “arrastre Haruki Murakami”» (543).² Menciona un tercer factor, a mi parecer el más importante y que nos adentraría al fondo de las obras: la calidad literaria. Ya que:

Dentro de estructuras narrativas limpias y transparentes presentadas en atmósferas de nostalgias y pérdidas, en las obras de estas autoras yacen ocultos ejercicios angustiosos de la conciencia individual en una sociedad grupista como los japoneses o deconstrucciones inquietantes de antiguos modelos familiares o indagaciones osadas sobre sexualidad y asexualidad, sobre relaciones de pareja, reparto de roles de género y violencia familiar (543).

Por otro lado:

Algunos de los rasgos que comparten muchas de las autoras de la desbordante literatura femenina de Heisei pueden ser estos: un lenguaje sencillo y un discurso de lo cotidiano en el cual la comida asumen una particular importancia; una tematización simple pero de alcance universal -perdida, soledad, muerte, vacío espiritual-; personajes superficiales de una sola dimensión, que nadan frecuentemente a contracorriente de las estructuras familiares hegemónicas del pasado, narración en primera persona resaltándose así la calidez y el intimismo de las descripciones; abundancia del diálogo, que contribuye a hacer fácil y ligera la lectura; presentación de un rostro afable y edulcorado del Cool Japan (543).

² Se refiere principalmente a la influencia del escritor por acercar la literatura japonesa a otros países

En el análisis presentado por Carlos Rubio sobre la producción literaria en este periodo, aborda los siguientes temas para poder comentar obras particulares de autoras japonesas; dichos ejes son: «Sociedad, mercado laboral, visibilidad femenina, violencia y acoso, nuevos modelos familiares, demografía, sexualidad [y] cultura pop» (528). En el capítulo dedicado al periodo Heisei, explica que las obras escritas en esta época retratan a una sociedad japonesa cansada, hastiada, desempleada, sin ganas de formalizar (la mayoría no busca casarse y los divorcios aumentaron), aislada, abusada psicológica y físicamente, explotada laboralmente y un largo etcétera que es visible y palpable en las historias que se publican durante estos años.

Es preciso reconocer el peso que tienen las autoras japonesas en la literatura contemporánea y cómo sus obras son muestra del contexto en el que viven, retratando problemáticas cotidianas. Las autoras presentan personajes femeninos y masculinos que se caracterizan por vivir o atravesar periodos de soledad, por no encontrar su lugar en el mundo y por el vacío que permea en sus vidas (Reboul, 12): una crisis actual que nos atañe.

Valiéndose de un lenguaje pulcro y cargado de belleza, la descripción de los personajes está plagada de misticismo, extrañeza, ensoñaciones y guiños a la cotidianidad. De esta forma, se logra un alcance universal como comenta Rubio, aunque las autoras son crudas también en su narrativa.

Asimismo, los pasajes del ambiente se funden con las sensaciones cálidas, dulces y emotivas de los personajes. A través de esta belleza en la escritura, se entrevé la incapacidad de detonar emocionalmente: los personajes buscan otras maneras sutiles de mostrar su dolor, ocultando sus sentimientos y emociones; causando un impacto distinto en los lectores que resulta interesante de analizar.

Es durante el periodo Heisei que las y los escritores exploran y muestran el desasosiego por el cual atraviesa la sociedad japonesa, la melancolía, la desazón por la vida, la soledad que permea sus espacios, la fragilidad de los vínculos y la fugacidad de aquellos momentos a los que otrora habían sido partícipes. Y esto se manifiesta en las obras de las dos escritoras que han influenciado mi escritura y que presentaremos en el siguiente apartado.

DOS ESCRITORAS JAPONESAS CONTEMPORÁNEAS

Es preciso mencionar quienes son las dos escritoras japonesas contemporáneas de las cuales hablaremos a lo largo de la presente poética. La primera es Hiromi Kawakami que nació en 1958 en Tokio. Estudió ciencias naturales y se dedicó a impartir clases de biología hasta que escribió la novela *Kamizama* y dos años después obtuvo el Premio Akutagawa con la novela *Pisando una serpiente*. Posteriormente, continuó escribiendo y obtuvo el Premio Tanizaki por la novela *El cielo es azul, la tierra blanca*. Sus libros han sido traducidos al español, inglés, francés, alemán e italiano.

Por otro lado, Banana Yoshimoto (nombre real Mahoko Yoshimoto) nació en 1964 en Tokio. Graduada de literatura, a los 23 años escribió su novela *Kitchen* con la que obtuvo el *Newcomer Writers Prize* y un año después el Izumi Kyoka. Ha sido traducida a más de 39 idiomas. Es una de las autoras japonesas contemporáneas más reconocidas.

Ambas escritoras exploran «la dimensión profunda de la rutina diaria» (Rubio, 569) con un lenguaje sencillo, fresco y al mismo tiempo delicado mostrando las relaciones entre hombres y mujeres, tienen en común la relación con los alimentos (de la cual hablaré más adelante) y «la imposibilidad de conectar con los demás y con uno mismo» (563) tejiendo historias catárticas, desbordantes, pero contenidas emocionalmente que vuelcan al lector en la reflexión sobre la vida.

Al investigar sobre ambas autoras y su recepción en México, los estudios se centran en las reseñas de sus obras, el análisis de las novelas enfocándose en la construcción de personajes y sus relaciones o la presencia de los alimentos³; así como los ejes temáticos que atraviesan su producción literaria: soledad, exploración de la sexualidad, disconformidad, pasión, entre otros.

Las tesis, trabajos recepcionales y artículos estudian principalmente a autores reconocidos como Haruki Murakami, Yukio Mishima o Natsume Sōseki, por mencionar a algunos; dejando de lado la escritura femenina o relegándola a los espacios o interacciones entre personajes (en el espacio íntimo al que se cree que pertenecen, por ejemplo en las conversaciones durante la preparación de los alimentos o a las relaciones que mantienen con otros personajes, muchas veces masculinos), más que al simbolismo presente en su escritura (como la muerte, el poder del dinero, a la construcción del personaje) o al desarrollo de la historia desde perspectivas más profundas como se hace con los autores.

Para la elaboración de la presente poética se revisaron diferentes trabajos de grado centrados en literatura japonesa como: *Función de los japonismos en la poesía mexicana*⁴, de Edgar Daniel Guillaumin Rojo; *Vínculos y evidencia estética entre la novela japonesa y la mexicana: El jardín de la señora Murakami de Mario Bellatin, “Bonsái” de Guadalupe Nettel y Bonsái de Alejandro Zambra*⁵, de Berenice Ramos Romero; *Mishima y Murakami con “M” de muerte: El tema de la muerte en Tokio blues de Haruki Murakami y Sed de amor de Yukio Mishima*⁶, de Elba Corina Gómez Mendoza.

³ «En la cultura japonesa, el significado de la comida es inagotable: nos remite a un momento en el que se experimenta un enorme placer sensorial, y de manera simultánea puede activar recuerdos y emociones, hablarnos de prácticas socioculturales, y plantear y afianzar vínculos afectivos que mitigan la soledad de los personajes» en Conferencia «Gastronomía y vida cotidiana en la literatura japonesa contemporánea», 2021

⁴ Tesis, maestría en literatura hispanoamericana, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2019

⁵ Tesis, maestría en literatura mexicana, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2015

⁶ Trabajo recepcional, Licenciatura en Creación Literaria, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2017

Dichos trabajos se enfocan en recorridos por la influencia japonesa presente en las obras mexicanas (de poesía y narrativa) debido al japonismo⁷ y en la reiterada presencia de imágenes o elementos estéticos presentes en la escritura que se denominan japonerías⁸; a partir de la comparación entre textos se visibiliza el interés por la cultura nipona.

Un claro ejemplo del japonismo son los poemas de José Juan Tablada (haikus) que escribió después de su viaje a Japón y que, si bien algunos no retratan elementos del país del Sol Naciente, conservan o imitan esta forma poética. De igual manera, los ensayos, traducciones, ilustraciones o formas de escribir historias (como los mangas o el kishōtenketsu) se han realizado debido a esta fascinación por lo oriental. En la tesis de Guillaumin se analiza la influencia en diversos autores mexicanos, dando cuenta de que Japón ha estado presente en los textos de estos.

Las japonerías, por otro lado, se pueden relacionar con el uso de los nombres de personajes (como en la novela de Mario Bellatín) o elementos de la cultura nipona que se utilizan en la narrativa como la alusión a la jardinería o a las plantas más conocidas como los bonsái, la sakura o flor de cerezo, el loto; la espiritualidad, la cosmovisión zen, el budismo; el retrato o la inspiración del comportamiento «aislado o apático» de la sociedad japonesa (que, aclaro se produce desde la lectura de otros textos de autores japoneses o de la percepción de aquellos escritores que visitaron el país); la exuberancia como las geishas, etc.

Estos trabajos son un parteaguas para adentrarnos en la presencia de las japonerías y el japonismo en la producción literaria de escritores mexicanos y justificar el porqué del análisis y la relación que existe entre la propia escritura y la escritura de las autoras ya mencionadas; así como

⁷ El japonismo se entiende como la fascinación de otros países por Japón. Maravillados por todo lo que ofrece (por ejemplo, el arte), los países de Occidente absorben elementos de esta cultura y los plasman en sus propias obras

⁸ El término japonerías lo propone Macarena Areco en «Imaginario de espacio y de sujeto: japonerías en la narrativa argentina, chilena y mexicana reciente»

la presencia innegable de sus temáticas en la construcción de las historias que más adelante analizaremos.

Haciendo un recorrido por el ciberespacio, encontramos que en México se han llevado a cabo círculos de lectura, conferencias, discusiones y reseñas sobre la producción literaria de Banana Yoshimoto y Hiromi Kawakami, pero ninguno profundiza en su escritura como se hace con otros escritores renombrados.

En el artículo titulado «Yoshimoto y el dúo Kawakami: autoras contemporáneas de Japón», escrito por Vania Vélez y publicado en la *Revista Rúbrica*, la autora hace un breve recorrido por las obras más famosas de estas tres autoras, recalcando la importancia de conocer a las mujeres escritoras de Japón y no solo a los hombres más conocidos (como Haruki Murakami, que se ha mencionado anteriormente, que tiene un efecto de arrastre).

Vélez presenta a Banana Yoshimoto, Hiromi Kawakami y Mieko Kawakami y de una manera informal, pero precisa, promueve sus libros más conocidos. Rescato de este artículo tres ideas principales:

1) Los tópicos que trabaja Yoshimoto y que la autora resalta: «el cansancio de los jóvenes japoneses en el Japón contemporáneo» y «la manera en la que experiencias terribles le dan forma a la vida de una persona», de lo cual ya se ha hecho mención;

2) «Al igual que Yoshimoto, ella [Hiromi Kawakami] escribe sobre el Japón que le ha tocado vivir, aunque con un afán más marcado por exponer la naturaleza real de las mujeres. Sus personajes son madres, esposas, hijas, abuelas, pero expuestas ante el lector para que sepa cómo aman, qué sienten, qué se guardan». Kawakami presenta a sus personajes femeninas desde la crudeza, retratándolas sin máscaras; y

3) «Mieko Kawakami. Ella fue la primera en poner sobre la mesa la recurrente estructura de los personajes femeninos de Haruki Murakami, y no lo hizo en un ensayo o en una entrevista aislada, sino frente a él. Le cuestionó el usar a las mujeres en sus libros para que los hombres se superaran o como mera excusa para meter una innecesaria escena sexual». Aunque no analizo a la autora en la poética, sí he leído su obra más famosa «Pechos y huevos».

Resulta impactante la confrontación con el escritor Haruki Murakami, debido a que en sus obras sí es recurrente este uso de las mujeres, así como las escenas sexuales en las cuales la mujer se queja, no está conforme y donde no tiene un desarrollo elaborado, a veces ni diálogos. Estas ideas reafirman los tópicos o temas presentes en las obras de las autoras del periodo Heisei que no hacen más que demostrar la tristeza, el dolor, la negación a mantener vínculos sexuales, el hastío de la sociedad japonesa.

El rechazo por hablar de autores masculinos en el artículo y presentar este dato sobre el diálogo/discusión entre Mieko y Haruki pone de manifiesto que las autoras desapruaban la utilización del personaje femenino como un mero artefacto para el crecimiento o un obstáculo a superar por el personaje masculino o peor aún como un simple objeto de deseo para el hombre que la relega a un símbolo de placer⁹ propio.

Es por eso, por lo cual las escritoras presentan a sus personajes femeninos más desarrollados (en las novelas se aprecia más este desarrollo que en los cuentos), y aunque existen escenas sexuales tienen un trasfondo más elaborado que con los autores contemporáneos.

⁹ De las obras traducidas al español de Haruki Murakami he leído aproximadamente veinte. Y en todas he percibido una constante en sus personajes femeninos: huyen, escapan, se suicidan, pero siempre afectan al personaje masculino que emprende un viaje de autodescubrimiento para superar su pérdida o encontrarle sentido a este abandono. En los recuerdos del personaje hay alusiones sexuales innecesarias o encuentros sexuales en el mundo onírico, que no me parece que aporten al desarrollo de la historia. Contrario a las autoras que exploran el erotismo, la sensualidad y el deseo de las personajes y que si bien describen escenas sexuales en sus obras, tienen una finalidad más allá del mero placer.

Por otro lado, en el trabajo final de grado titulado «*El papel de la comida en la literatura contemporánea femenina japonesa: Análisis de las obras Kitchen y El cielo es azul, la tierra blanca*»¹⁰ se explica el lugar que ocupa la comida en las historias de Yoshimoto y Kawakami, como un ritual que evoca emociones y recuerdos permitiendo que avance la historia.

El análisis se centra en la preparación de alimentos, en un espacio destinado a los personajes femeninos y que permite crear un ambiente relajado que propicia el diálogo entre personajes y que ha sido poco estudiado «debido a que no se han considerado un objeto digno de estudio debido a las implicaciones que trae consigo ya que ha sido considerado como algo banal, impuro, femenino, siendo este último uno de los factores más importantes que han ralentizado este estudio» (Reboul, 11).

Pero no solo en la literatura japonesa la comida es importante; en la literatura mexicana como en la novela *Como agua para chocolate* de Laura Esquivel, los alimentos están presentes en toda la narración y les dan sentido a las acciones de los personajes: el vínculo de la protagonista con la cocina desde que llega al mundo se transmite a través de los alimentos que prepara.

La comida¹¹, ya sea su preparación o el pretexto para el encuentro, da paso a la ensoñación, el deseo por el tiempo pasado y la evocación de recuerdos que se mezclan con los olores y sabores de los alimentos (y que resultan ser efímeros), pero también propicia el reencuentro con otros personajes, puede calmar las emociones, crea o recupera un vínculo o por el contrario, muestra la gula del personaje desencadenando un castigo o si se preparan los alimentos con cierto sentimiento

¹⁰ Estudios de Asia y África, itinerario japonés, Universidad Autónoma de Madrid

¹¹ No solo en la literatura la comida está presente. Se puede apreciar en series, anime y películas. Muchas veces tiene un peso tan grande que es un elemento clave para el desarrollo de la trama. Por ejemplo: en la película *El viaje de Chihiro* de Studio Ghibli, la comida se presenta apetitosa, exquisita y los padres del personaje la comen con gusto sin saber que se transformarán en cerdos. Este hecho desencadena la historia, ya que Chihiro debe buscar la manera de recuperarlos y que vuelvan a la normalidad, pero se enfrenta a diversos peligros. Otro ejemplo, en el anime *One Piece* existen las frutas del diablo que otorgan poderes a quienes la consumen, pero son desterrados del mar y al entrar en contacto con el agua se debilitan.

éste es transmitido a quien lo consume. Es la preparación o el compartir un alimento con otro lo que disipa poco a poco la soledad formando un lazo.

La autora propone una hipótesis en dicho trabajo: «¿Es la comida una cura contra la soledad?» (Reboul, 14) y analiza en las dos obras cómo la comida es un elemento clave para darle continuidad a la trama, de qué manera se presenta (en el espacio y en las relaciones con otros personajes) y qué efecto tiene sobre estos. Seguramente un plato caliente frente a una persona especial no resuelva todos los problemas del mundo, pero puede calmar las tormentas que aquejan el alma.

Otro de los trabajos revisados para la poética fue un artículo titulado «Lo inusual en algunos relatos de Kawakami Hiromi: una nueva modalidad de la literatura de lo insólito en Japón» de Benito García-Valero¹² que se centra en la afinidad de narradoras mexicanas y japonesas actuales. García-Valero menciona que las narradoras son las protagonistas de las historias, se desenvuelven en ambientes cotidianos y buscan representar estados emocionales.

La escritura de las autoras pone de manifiesto la incertidumbre, el vacío, lo desconcertante que resulta la realidad (mezclando episodios oníricos donde se desdibuja la percepción de lo que acontece). Como ejemplo, habla de Daniela Tarazona y su lenguaje poético y por otro lado, Hiromi Kawakami se concentra en la observación analítica «como una manera de preservar una autenticidad cultural» (147-148).

Las historias muestran presencias femeninas más desarrolladas, el tema de la soledad como un sentimiento imperante en la sociedad japonesa actual, las descripciones poéticas de los espacios y en las cuales el conflicto existe desdibujado para dejar paso a la belleza del lenguaje y al mismo

¹² El ensayo pertenece al libro *Nuevas aproximaciones a la literatura japonesa* de Pau Pitarch.

dolor contenido. La narrativa está plagada de imágenes, recuerdos, palabras que evocan tristeza, añoranza, decepción y vacío por no encajar, por enfrentarse a las rupturas.

Las autoras despliegan ante los lectores historias maravillosas, dolorosas, donde los personajes permanecen impolutos ante la tragedia, acomplexados, ensimismados; esta manera de narrar es la que ha inspirado mi cuentario. Después de una breve introducción a sus obras y estudios que se han realizado, hablaré de la influencia de ambas escritoras y de la literatura japonesa en mi obra y posteriormente nos adentraremos a la teoría que nos atañe.

LA LITERATURA JAPONESA EN MI ESCRITURA

Como se explicó anteriormente, Japón es un mar de inspiración. No soy la primera escritora influenciada por los temas que se presentan en la literatura nipona, la forma particular que tienen los japoneses de narrar las historias y presentar temas universales, a veces desde el pesimismo y la tristeza, me parece bella y emotiva por lo cual sus temáticas forman parte de mi obra.

Podría decirse que soy de japonismos y de japonerías. En la cuestión del japonismo adopto formas de escritura (la narrativa en cuatro actos que describiré en el capítulo 2) y en la japonería las temáticas recurrentes (soledad, ruptura, desasosiego) y las imágenes o construcción de los personajes es lo que más me interesa.

Me considero una lectora voraz de la literatura japonesa. Por mis manos han pasado más de treinta títulos diferentes de autores reconocidos y de autoras que deberían serlo si no fueran invisibilizadas por el peso que traen consigo los autores masculinos. He leído historias de amor, desamor, soledad, miedo, huidas, violencia y muerte.

Admiro a las autoras japonesas y su manera de narrar tan pulcra y de una belleza simple, pero sobre todo a la construcción tan lograda de sus personajes con los que los lectores nos identificamos; de igual manera, me atrae el desdibujamiento del conflicto y la cualidad de anticlímax que se presentan en las obras para no llegar a una resolución que impacte al lector.

Para elaborar la presente poética, me di a la tarea de releer mis cuentos desde una visión objetiva para definir qué los unía. Si bien el cuentario presenta una polifonía narrativa, encontré similitudes entre ellos y al mismo tiempo con los cuentos o novelas que había leído con anterioridad. Los personajes principales no tenían nombre, se encontraban solos, atravesaban una ruptura (de diferente índole), pero no reaccionaban de manera catártica, sino contemplativa, como si quisieran guardar las emociones en el fondo del cajón.

De esta manera e influenciada por las obras que había leído de Hiromi Kawakami como: *El señor Nakano y las mujeres*, *Manazuru*, *Abandonarse a la pasión: Ocho relatos de amor y desamor* y *Amores imperfectos*; y de Banana Yoshimoto, *Sueño Profundo*, *Tsugumi*, *Lagartija*, *Amrita* y *Recuerdos de un Callejón Sin Salida* escribí muchos de mis textos y recopilé, sin tener muy claras las semejanzas, los cuentos que se presentan en este trabajo.

Para dicho trabajo, analicé mis escritos desde la construcción de los personajes, el conflicto que existe (sin estar desarrollado como una oposición) y las temáticas presentes. Llegando así a las siguientes conclusiones:

- 1) Los personajes se encuentran solos, tristes y tratan de lidiar con una ruptura; esta ruptura es clave para entender lo que le ocurre al personaje: puede ser una separación con la pareja, una pérdida familiar u otro vínculo.
- 2) Existe un conflicto no desarrollado plenamente, ya que el personaje no busca superar o enfrentarse a éste para que la historia avance.

- 3) Los cuentos podrían considerarse anticlimáticos¹³ debido a que no hay una resolución del conflicto al final.
- 4) En la historia mezcla elementos oníricos y del folclor mexicano, una especie de elemento espiritual para darle sentido a la historia.
- 5) El halo de la muerte envuelve a los textos porque ahí, en ese último instante, los personajes pueden quebrarse y soltarse en las palabras (casi siempre en un monólogo interiorizado) sin llegar a una catarsis.
- 6) La soledad permea a los personajes. La tristeza, la desolación, la búsqueda por pertenecer o ser reconocidos por el otro, sin llegar a concretarse los sume en estos sentimientos.
- 7) En algunos de los cuentos la comida está presente como un elemento que hace avanzar la trama.
- 8) Los personajes principales de ciertos cuentos no toman decisiones, sino que aceptan lo que les ocurre.

Finalmente, con estas conclusiones me di a la tarea de comparar tres cuentos de mi autoría que considero más cercanos a las obras de las autoras y que en el tercer capítulo serán el objeto de estudio. Si bien no para explicar qué escribí como una justificación, sí para demostrar a partir del desglose en el planteamiento teórico que existe una influencia no solo en la temática sino también en la forma de construir los textos, que es lo que he presentado en los apartados anteriores.

¹³ En «La narrativa anticlimática en Joyce» la autora analiza tres cuentos del autor James Joyce desde el anticlímax en la literatura. Presenta el concepto de anticlímax partiendo del *Peri Bathos* de Alexander Pope en el cual de manera cómica muestra los fracasos por alcanzar lo sublime atendiendo a la producción de textos (cantidad) contra la creación de textos (calidad) y ridiculiza el texto *Sobre lo sublime* de Longino. La autora define entonces a la obra anticlimática a partir de que «no sigue la estructura tradicional: planteamiento, desarrollo, clímax, desenlace. No hay un conflicto cuya resolución sea el final de la historia. El protagonista, por lo tanto, no aprende ninguna lección moral ni es recompensado» (1-3).

CAPÍTULO II

EL CUENTO Y SUS DEFINICIONES

Considerando que definir un concepto es limitarlo, es preciso presentar en este apartado diferentes concepciones sobre lo que es el cuento para tratar de llegar a una definición propia que atienda diferentes perspectivas. Después de tantos años de estudiar literatura, encasillar este término sigue siendo complicado, ya que es un género que rompe reglas, se transforma, es híbrido y cada escritor o escritora lo escribe a su manera.

En este segundo apartado se muestran definiciones de dos figuras importantes: las de los teóricos y las de los escritores. Porque si bien los teóricos analizan la construcción narrativa de los escritores, son estos últimos los que rompen o continúan con las tradiciones, juegan con los tiempos narrativos, la construcción de los personajes, las temáticas e inventan formas de relatar la historia según sus necesidades.

En la poética, se cumplen estas dos funciones de creadora y crítica, por lo que cual es pertinente ejemplificar a través de estas figuras y elegir aquellas ideas que clarifiquen lo que significa el cuento a título personal y tener referencias de lo que significa la escritura para las autoras japonesas.

Partiendo con la definición del Diccionario de la Lengua Española¹⁴:

Cuento.

Del lat. *compŭtus* 'cuenta'.

1. m. Narración breve de ficción.
2. m. Relato, generalmente indiscreto, de un suceso.

¹⁴ <https://dle.rae.es>

3. m. Relación, de palabra o por escrito, de un suceso falso o de pura invención.

De acuerdo con esta primera definición, el cuento es una narración de un suceso inventado. Se considera entonces como algo que proviene de la imaginación. Esta vaga explicación no alcanza para delimitar lo que es el género cuento, pero es un primer acercamiento. Analizaremos las propuestas de otros teóricos sobre este concepto. De acuerdo con Enrique Anderson Imbert en *Teoría y técnica del cuento*:

Un cuento, como cualquier otra entidad lingüística, es una operación cerrada. El cuentista, dentro de esas normas que llamamos «género cuento», ordena sus materiales con la misma libertad con que el hablante, dentro del sistema de su lengua, ordena sus palabras para hablar. El género cuentístico y el sistema lingüístico están cerrados pero no son cárceles: tanto el cuentista como el hablante pueden combinar todos los elementos a su disposición, pueden experimentar, pueden crear, pueden construir, destruir, reconstruir. Un cuento que hace polvo el modelo de cuento clásico no es necesariamente un anticuento. (16)

Para Imbert el cuento no es un espacio hermético en el cual se deban seguir todas las reglas del pasado, esto quiere decir que puede resignificarse y moldearse según convenga a los escritores. El escritor puede tomar elementos que le sean útiles para dar forma a su historia.

Por otro lado, Lauro Zavala en «Breve historia de la teoría del cuento» distingue entre cuento clásico, cuento moderno y cuento posmoderno y describe las características de cada uno sin profundizar:

1. El cuento literario clásico se inicia en las primeras décadas del siglo XIX con Nathaniel Hawthorne y Edgar Allan Poe. (...) El cuento clásico tiene inicio catafórico, tiempo secuencial, espacio transparente, narrador omnisciente y confiable, personajes paroxísticos, lenguaje literal, ideología pedagógica y final epifánico. Este último resuelve la tensión narrativa, disuelve las contradicciones y resuelve los enigmas (62)

2. El cuento moderno es lo opuesto del cuento clásico. Surge con Chéjov a fines del siglo XIX y se expande durante todo el siglo XX. (...) Los cuentos modernos tienen inicio anafórico, tiempo alegórico, espacio metafórico, narrador poco confiable, personajes contradictorios, lenguaje irónico, intertextualidad explícita, ideología moralmente ambigua y final abierto (62)
3. El cuento posmoderno consiste en la presencia simultánea de rasgos clásicos y modernos o un simulacro de estos rasgos excluyentes entre sí. Esta escritura paradójica empieza a ser reconocida en la década de los sesenta del siglo XX, y se expande hasta nuestros días. (...) El cuento posmoderno tiene inicio paradójico, tiempo espacializado, espacio fragmentado, narrador paródico o autoirónico, personajes intertextuales, lenguaje autorreferencial, ideología paradójica y final múltiple o tematizado (63)

Lauro Zavala pretende realizar una distinción entre cada tipo de cuento tomando en cuenta su estructura, menciona a los teóricos y escritores reconocidos a manera de ejemplificar. En este artículo no se desarrollan los rasgos de los cuentos. Para el efecto de esta poética, el cuento posmoderno nos sería más familiar debido a la época en la cual se desarrolla, además de que puede contener rasgos de los dos primeros.

Otro teórico que consideraremos es Mariano Baquero en *Qué es el cuento* que, tras una serie de digresiones sobre la definición de cuento, la historia o prehistoria de los relatos orales y posteriormente literarios, la relación entre este género con la novela y la poesía retoma su concepto de cuento formulado en 1949, llegando a la conclusión de que es:

Un preciso género literario que sirve para expresar un tipo especial de emoción, de signo muy semejante a la poética, pero que no siendo apropiada para ser expuesta poéticamente, encarna en una forma narrativa próxima a la de la novela, pero diferente de ella en técnica e intención. Se trata pues de un género intermedio entre poesía y novela, apresador de un matiz semipoético, seminovelesco, que sólo es expresable en las dimensiones del cuento.

El cuento se encuentra entre la poesía y la novela, pero aunque tiene elementos compartidos los desarrolla de una manera particular y es por eso por lo que el género es tan rico, variado y tiene tantas formas de presentarse, ya que «en el cuento son posibles todo tipo de experiencias y en este

aspecto —el admitir las más variadas técnicas— es quizá donde mejor se percibe su vinculación y parentesco con la novela» (67).

Baquero hace mención que «en el cuento los tres tiempos o momentos de las viejas preceptivas —exposición, nudo y desenlace —están tan apretados que casi son uno solo. El asunto, la situación, el tema ha de ser sencillo y apasionante a la vez» (50), los lectores deben de ser atraídos desde el principio para que el cuento logre el efecto deseado por el escritor.

Finalmente, en *El tejido del cuento*, Martín Taffarel refiere en un principio el origen de las narraciones como un punto de partida para entender que la humanidad siempre ha contado sucesos a otros (13). Los relatos orales frente a la fogata en la antigüedad son un claro ejemplo que tenían como objetivo principal la enseñanza y el entretenimiento. Estas narraciones se transmitieron de generación en generación y posteriormente, fueron recopiladas a través de la escritura.

Aquellos primeros recopiladores descubrieron que existía un género «que rápidamente se iría precisando: el cuento literario» (14) que cuenta con una estructura más definida: personajes, conflictos, manera de narrar, ambiente, tensión, etc., que han permitido que los lectores comprendan los textos y los escritores, en un principio, se ciñeran a estos formatos, para después romper con ellos y rehacer las definiciones.

Menciona Taffarel que: «la etimología del vocablo *texto*, vemos que procede de la raíz latina *text-*, que significa ‘tejer’ (texere). Se abre así todo un campo semántico. [...] Sustantivos como *textura*, *trama* o *entramado*, *urdimbre*, *hilos*, *nudos*, *enlace* y *desenlace*; verbos como *tramar*, *urdir*, *atar* o *desatar*, *anudar*, *enlazar*, entre otros, forman parte del léxico habitual del texto narrativo» (18-19).

Estos sustantivos y verbos se encuentran presentes en los análisis de los textos narrativos y serán de ayuda al analizar las obras y realizar comparativas entre estos hilos narrativos que conducirán las historias. Los cuentos pueden ser considerados una transformación de hilos sueltos que encontramos en los textos de otros escritores y sirven de base para elaborar nuestros propios tejidos. Estos hilos pueden ser de dos tipos:

- 1) Hilo conductor de motivo: se observa gracias a las acciones que provoca o le ocurren al personaje durante la narración. Puede ser con la temática o temáticas presentes como la soledad, la añoranza, las rupturas o con el análisis de las acciones a través de las oraciones construidas en tiempo pasado: “nos separamos”, “se terminó la relación”, “ya nada era como antes”.
- 2) Hilo conductor de personaje: la construcción del personaje en el cuento nos guiará para entender cómo percibe el entorno, como sufre por las acciones de otros o las propias, la contemplación de la situación sin desbordamiento de emociones: la ausencia de un conflicto que lo motive.

Estos dos hilos conductores serán los que guíen parte del análisis de las obras desde la doble perspectiva lectora-creadora en el tercer capítulo; representan lo que se ha expresado con anterioridad de la temática que se presenta en la narración y de la construcción de los personajes y sus vínculos como un motivo que sostiene al texto.

Dicho sea de paso, las definiciones revisadas para la presente poética, desde la perspectiva teórica, concluyen que el cuento es un espacio cerrado, pero no delimita a los escritores en su quehacer; se encuentra entre la poesía y la novela ya que describe escenas, se vale del lenguaje, es breve, presenta personajes y cuenta una historia. En resumen, es una sucesión de hechos que son contados y debe de causar un impacto en quien lo lee desde el principio.

Así entonces, podemos proponer una definición propia (desde la teoría): el cuento se sostiene en la brevedad y en el impacto que tiene en quien lo lee. Cuenta con una trama unitaria, los elementos descriptivos y los diálogos son escasos, los personajes no son tan desarrollados, no hay situaciones intermedias —salvo el caso de introducir analepsis¹⁵ como un recurso narrativo—, y se construye a partir del esquema narratológico que incluye introducción, desarrollo (clímax) y desenlace, cabe mencionar que esta estructura puede ser invertida o modificada según los intereses y motivaciones del escritor.

Continuando con las definiciones del cuento, llega el turno de los escritores. Se presentan de manera más literaria y subjetiva, debido a que reflejan lo que significa para ellos desde la inspiración y sus propios métodos; algunos autores escribieron decálogos o antidecálogos, manuales y técnicas para aquellos que quisieran dedicarse a la particular escritura del cuento. Lo que se presenta proviene del libro *Teorías del cuento 1. Teorías de los cuentistas* compilado por Lauro Zavala y es una breve selección de aquellas ideas que me parecen pertinentes o resuenan en mi calidad de escritora.

A manera de listado presentaré estas ideas que resumo de acuerdo con lo que me parece relevante, en dicho libro se encuentran las referencias bibliográficas de cada escritor seleccionado para su revisión.

1. Edgar Allan Poe. La extensión de la obra es importante para generar impacto en el lector. Tanto el principio como el final deben de ser relevantes y estar bien escritos para atrapar a los lectores. El cuento como el poema debe ser leído de una sola vez para que el efecto propuesto por el escritor se lleve a cabo. La unidad de impresión nos dice que el texto debe ser leído en máximo dos horas, sin interrupciones, mostrando la verdad (13-18).

¹⁵ La analepsis es un recurso narrativo que se refiere a hacer un salto temporal al pasado.

2. Antón Chéjov. «Lo mejor es evitar la descripción de lo que ocurre en la mente del héroe; eso debe quedar claro a partir de las acciones del protagonista» (21). «Los principios de mis cuentos son muy promisorios y dan la idea de que estuviera iniciando una novela; la parte de en medio es tímida y apresurada y el final es, como en un breve apunte, todo un fuego artificial» (23).
3. Jorge Luis Borges. «Se da el nombre de cuento a cualquier presentación de estados mentales o de impresiones físicas: deliberadamente se mezclan, para mayor perplejidad del lector, los datos del presente y la memoria. Asimismo se olvida que la palabra escrita procede de la palabra oral y busca análogos encantos» (39). «(...) el cuento deberá constar de dos argumentos; uno, falso, que vagamente se indica, y otro, el auténtico, que se mantendrá secreto hasta el fin» (40).
4. Adolfo Bioy Casares. «Para mí un cuento es un relato en el cual lo más importante es la historia, pero hay muchos grandes cuentos (como algunos de Maupassant) que son solamente el retrato de una persona» (41). «En el cuento (...) se parte de una idea argumental y los personajes sirven solo como vehículos. (...) Los escritores nos conformamos con la práctica. La teoría queda para los profesores y los críticos» (44). «En el cuento hay pocos personajes que intervienen, una acción muy clara y de resolución muy breve. La historia es lo principal» (46).
5. Ricardo Piglia. «Primera tesis: un cuento siempre cuenta dos historias» (55). «El arte del cuentista consiste en saber cifrar la historia 2 en los intersticios de la historia 1. Un relato visible esconde un relato secreto, narrado de un modo elíptico y fragmentario. El efecto de sorpresa se produce cuando el final de la historia secreta aparece en la superficie» (56).

«El cuento moderno cuenta dos historias como si fueran una sola. La teoría del iceberg de Hemingway es la primera síntesis de ese proceso de transformación: lo más importante nunca se cuenta. La historia secreta se construye con lo no dicho, con el sobreentendido y la alusión» (58).

A través de las páginas desfilan ideas, ejemplos, influencias, técnicas y consejos de escritores de diversas épocas para escribir un cuento. Para ellos el núcleo del cuento radica en 1) la impresión que genera en el lector y que debe transmitirse desde la primera frase; 2) la historia que se cuenta, que puede estar escondida para generar sorpresa en el lector y 3) la brevedad de la historia, la resolución y la escasez de personajes.

Por otro lado, presentaremos lo que opinan las autoras Hiromi Kawakami y Banana Yoshimoto a partir de fragmentos de las entrevistas o entradas en blogs sobre sus obras para tratar de esbozar el concepto de escritura porque no existen como tal ensayos o artículos donde definan al cuento.

Banana Yoshimoto ha sido entrevistada en diferentes medios sobre sus obras, los temas recurrentes y el tratamiento de estos. Rescato una de las ideas presentadas en una de las entrevistas que le realizaron: «[la autora] encontró una forma de contar historias que sorprende por su conmovedora ternura, (...) tienen un aire cotidiano y corriente que puede resultar engañoso e incluso tedioso, si no fuera por la capacidad (...) para crear escenarios de sutil existencialismo urbano. Pero es esa imperfección, esa mirada en la periferia y en lo quebradizo, lo que brinda a sus obras una profundidad inusitada».

Suele decir que «no le importa que olviden su cara y su nombre. Pero que desea ser recordada —la verdadera trascendencia— en el consuelo del dolor a través de la literatura. Como si de una frase fugitiva se tratase, espera que su manera de contar historias —y lo que en ellas puede

encontrarse— sea su verdadero legado. Un alivio venial a la conciencia»¹⁶.

Las historias de Banana Yoshimoto están llenas de lugares cotidianos: una casa, un restaurante, el metro y de sensaciones oníricas que se unen con la realidad y crean un ambiente mágico. Comenta que para los japoneses el tratamiento de la muerte y la tristeza es complejo y por eso sus historias abordan estos temas no desde el pesimismo sino desde la introspección para hacer notar lo hermoso que es vivir.

Concluye en otra entrevista hablando sobre su juventud y la escritura: «En mi juventud, cuando escribí estas historias siempre buscaba llegar a conclusiones. Después, con el paso de los años (...), he aprendido a disfrutar nadando en un mundo donde esas conclusiones no existen. Supongo que me he vuelto más fuerte»¹⁷.

Por otro lado, con Hiromi Kawakami encontraremos un estilo similar al que presenta Banana Yoshimoto. En el blog de Japonistas Chile¹⁸ hay un artículo que detalla brevemente las temáticas y estructura de su obra. Primero que nada, relaciona su estilo con los autores «Yoko Ogawa o Kyoichi Katayama, siendo una de las características principales de estos escritores abordar una historia centrándose en las emociones y el desarrollo de los personajes».

Posteriormente nos recuerdan estas historias carentes de un nudo o conflicto que pueden resultar tediosas para los lectores de Occidente:

Es importante saber también que disfrutar de las obras de Kawakami no es algo fácil para todos los lectores. Si bien la escritora impresiona (...), la constante sensación de que la trama no se desarrolla lo suficiente o lo hace de manera lenta y sin sorpresas puede resultar molesta para algunas personas, quienes podrían terminar con una sensación de “nada ha pasado” al finalizar alguno de sus libros.

¹⁶ Aglaia Berlutti, «La noción de lo pequeño y lo invisible. La mirada literaria de ‘Banana’ Yoshimoto». En esta entrada del blog *Medium* se presentan aspectos relevantes de la entrevista a la autora nipona.

¹⁷ Scherer, Fabiana «Banana Yoshimoto: la escritora japonesa que le hace sombra a Murakami»

¹⁸ En este blog encontramos reseñas y entrevistas a autores japoneses: www.japonistaschile.com

Por otra parte, la temática del amor es abordada por la escritora en la mayoría de sus obras, cosa que podría no ser atractiva para cualquiera. A pesar de esto, y de manera personal, creo que el amor que se exhibe en las novelas de Kawakami es distinto al que estamos acostumbrados como lectores occidentales, siendo menos cursi y quizás más japones.

A través de su escritura podemos conocer aspectos íntimos de la cultura japonesa, observar las relaciones entre personajes, sus miedos, su manera de tomar decisiones. Sus recursos son más bien sencillos y busca transmitir las emociones y sensaciones de la cotidianidad con temas universales como el amor, la pasión y la soledad. El punto central en su escritura (tanto en novela como en cuento) son las relaciones humanas. El conflicto no es lo que motiva la trama, sino las percepciones entre los personajes a través de los recuerdos y los diálogos.

Aunque, como todo cuento debe construirse a partir de una línea temporal-espacial, con Kawakami como con Yoshimoto nos encontramos con descripciones de ambientes, sensaciones y solamente pequeños guiños que hacen que nos demos cuenta de que el tiempo ha transcurrido (por ejemplo, un cuento de Banana Yoshimoto transcurre en el metro, la duración de la historia concluye cuando el protagonista llega a la siguiente estación).

Después de leer las perspectivas de diferentes escritores, en la cuestión creativa puedo concluir —desde mi perspectiva— que el cuento es una estructura cerrada en la definición formal, pero abierta para los escritores que buscan romper con las reglas impuestas innovando en la escritura y presentación de los mismos, influenciándose de otros textos y nutriéndose a partir de la experiencia; la brevedad es lo más importante para no aburrir a los lectores; se debe tomar en cuenta la impresión que se busca provocar en el lector y apuntalar a ella desde el inicio; y, que podemos romper con las reglas y seguirnos conformando en la práctica para ser mejores cuentistas.

ESTRUCTURA LITERARIA ORIENTAL: EL KISHŌTENKETSU

La estructura narrativa en Occidente es la manera en la cual construimos y narramos historias.

Proviene de la estructura clásica propuesta por Aristóteles en *La Poética* y consta de tres actos:

- I. Planteamiento: donde se presenta a los personajes, el tono, ambiente, espacio donde sucede la historia.
- II. Desarrollo: ocurre el conflicto, la trama y se presentan obstáculos (pueden ser otros personajes, él mismo o una situación) que debe superar para poder avanzar en su historia.
- III. Desenlace: el personaje resuelve el conflicto, pone en práctica lo aprendido y se transforma.

Esta estructura aristotélica ha sido la base para que los escritores construyan historias que tienen un nudo o conflicto y logren mantener la tensión durante el relato, pero ¿qué pasa cuando el cuento aparentemente carece de conflicto? Nos encontramos ante una estructura distinta que no muchos lectores logran apreciar debido a la ausencia de oposición o reto a la que se debería de haber sometido al personaje o a una resolución donde éste obtiene lo que buscaba.

Actualmente, «el goce estético del lector contemporáneo no depende solo del esquema unitario y de efecto único, cuya tensión conduce al final donde hallará un desenlace satisfactorio, sino de otros factores como el encanto de lo inacabado, las sugerencias de lo no dicho, el movimiento escondido entre acontecimientos, la doble lectura...» (Martín, 133). Los lectores están abiertos a los nuevos géneros y a la influencia de otras culturas. Resulta necesaria esta apertura del acto de leer para que las escritoras que nos mostramos renuentes al conflicto propuesto en la estructura aristotélica tengamos cabida en este mundo contemporáneo.

Como vimos la estructura Aristotélica se divide en tres partes, dejándole el 50% del peso al desarrollo. En el desarrollo podemos ver al personaje enfrentarse con un reto, luchar contra el mal, buscar lo que necesita para cambiar su vida o que de pronto, su rutina se transforme y mueva su mundo narrativo: esto es el conflicto. Ya sea al principio, en medio o cerca del final, se presenta el clímax, que se refiere al punto más tenso de la historia y en el cual el personaje deberá tomar decisiones para la resolución del conflicto.

Por el contrario, en la estructura narrativa del kishōtenketsu se observa una división de cuatro partes en las cuales el conflicto no es la motivación del personaje y el clímax no estalla, sino que la historia se mantiene con ligeros puntos de inflexión resaltando otros elementos que sostendrán la narración y de los cuales hablaremos más adelante.

Al investigar en el ciberespacio me encontré con blogs, tesis y ensayos enfocados en el *storytelling*¹⁹ que se centraban en la sensación provocada por la historia contada y no por el conflicto. De esta manera, me encuentro con el proyecto de titulación de Karina Aguilar Aceves que elabora un trabajo de grado en la Universidad de las Américas en Puebla²⁰ y aborda una estructura literaria Oriental denominada kishōtenketsu.

En su proyecto, Aguilar Aceves define esta estructura narrativa como contemplativa. El personaje de su historia contempla el mundo, tiene interacciones con otros personajes, pero no está supeditado a un nudo-conflicto, sino que su historia avanza a través de esta contemplación y como resultado se presenta la experiencia obtenida más como un comienzo o cambio para el personaje que como una resolución.

¹⁹ Busca dar un mensaje al público, pero enfocándose en lo que el mensaje hizo sentir al receptor más que en el mismo mensaje.

²⁰ *Shoko: Propuesta de animación a través de la narrativa Kishotenketsu*, Proyecto del Programa de Honores, Puebla, 2022.

El kishōtenketsu nació con la poesía tradicional china con composiciones en cuatro versos y después llegó a Japón donde influenció la escritura narrativa. Esta estructura permite profundizar en los personajes y sus sentimientos, dejando en segundo plano a las acciones. La narración se vuelve lenta, pausada, poética ya que el propósito es sostener los elementos de la historia a través de un giro inesperado en el tercer apartado o verso hasta llegar a una resolución, justo como se estructura la poesía. (Leonardi)

El kishōtenketsu se divide en cuatro actos, oponiéndose a la estructura aristotélica de tres actos y se desarrolla de la siguiente forma:

- I. Ki (introducción): presentar a los personajes, el ambiente y el tono de la historia.
- II. shō (desarrollo): los elementos de la introducción se desarrollan de manera más profunda, no existen cambios ni giros inesperados.
- III. ten (giro): aparece algo inusual en la historia, puede ser otro personaje o un cambio de tono en la historia que llame la atención del lector.
- IV. ketsu (resolución o desenlace): la experiencia del personaje se observa, pero no ocurre nada más.

Esta estructura literaria se centra más en el shō, por lo cual los lectores sienten las historias lentas, pausadas y da la impresión de que no ocurre nada, contraponiéndose a las historias de Occidente. Son historias en las cuales el cambio es lo importante y no el conflicto y se conoce también como «la estructura narrativa sin conflicto». Es complicado para los escritores y los lectores acostumbrados a la lucha dentro del cuento no encontrar un conflicto, pero en la literatura oriental (sobre todo en China y Japón) es un recurso muy utilizado para presentar historias.

Como se mencionó, la estructura de kishōtenketsu proviene de la poesía china y ha permeado en textos narrativos, videojuegos y películas de la cultura nipona. En el trabajo de Aceves se presenta un análisis de una película al estilo occidental y otro de una película oriental. En ambos análisis se recalca: el conflicto en el primero para que la historia avance y la contraparte con el segundo en el cual hay una situación evidente, pero la narrativa se centra en la contemplación y la reflexión de los acontecimientos.

Para la autora: «la narrativa de kishōtenketsu es una posibilidad para ampliar nuestro punto de vista a la manera en que entendemos el mundo y como vivimos en él. Con esta narrativa no sólo se puede describir el mundo en el que vivimos sino también como lo apreciamos y dar paso a reflexionar acerca de él» (12). La narrativa oriental invita a la reflexión, a contar historias conmovedoras que no rayan en el dramatismo mostrando las emociones del personaje, sus decisiones o la falta de éstas, las relaciones con los otros, sin descuidar los aspectos formales de un cuento como son la construcción del personaje, la trama, los acontecimientos, el ambiente, pero con cambios (giros) en lugar de disputas o conflictos.

Quisiera concluir este apartado con una cita de Martín Taffarel en *El Tejido del cuento* que al leerla me hizo tanto sentido al analizar mi escritura y que encaja perfecto con el significado del kishōtenketsu: «No hay por tanto esquema de secuencia temporal, sino tiempo remansado, acción detenida volcada en el puro movimiento de la conciencia. El acontecimiento es la ausencia de acontecimiento que motive la acción. El acontecimiento es la escritura del cuento» (135).

La escritura del cuento es ya en sí el acontecimiento más importante y aunque en un primer momento se crea que no hay un segundo acto como lo propone Aristóteles, este tiempo remansado le sirve al personaje y al lector para tratar de dilucidar la vida (propia y narrativa).

El acercamiento a las obras literarias japonesas del periodo Heisei que he leído en los últimos años han inspirado e influenciado mi escritura. Y sin seguir el modelo —porque no conocía su nombre ni sus características— he escrito mis cuentos basándome en esta estructura donde el conflicto no es la principal motivación de los personajes. Es por eso por lo que decidí analizar los cuentos tomando en cuenta esta estructura, pero también elementos de la estructura narrativa de Occidente a través de conceptos clave como los hilos narrativos para poder comprender mejor la construcción de los cuentos. La belleza de la contemplación es algo a lo que no estamos acostumbrados y creo que es importante acercarnos a obras donde el conflicto no define el rumbo o motivación del personaje.

CAPÍTULO III

En el capítulo anterior, se abordó la estructura narrativa occidental que consta de tres actos — planteamiento, clímax y desenlace— y atiende principalmente a un conflicto que debe resolver o al que se enfrenta el personaje y al punto máximo de tensión en el cuento. Contrario a esto, la estructura del kishōtenketsu se aleja del conflicto y se centra en el personaje (sus emociones y sus relaciones con otros) y a los cambios inesperados (al introducir otro personaje, otro elemento o tono en la historia). Tomando en cuenta estas definiciones, el análisis intertextual²¹ de las obras lo realizaré dividiendo los cuentos en tres pares con el fin de lograr los siguientes objetivos:

- 1) Mostrar la construcción de los cuentos a partir del kishōtenketsu (estructura en cuatro actos).
- 2) Exponer el eje temático o ejes (hilo conductor de motivo) presentes en las obras y encontrar similitudes y diferencias entre pares con fragmentos de los textos.
- 3) Abordar al personaje (hilo conductor de personaje) desde los aspectos del kishōtenketsu: expresión de emociones en el cuento, relaciones con otros personajes, frases o diálogos en la historia.
- 4) Reflexionar sobre la construcción de los cuentos a través de los elementos presentados.

A continuación, me permito analizar la estructura narrativa con este planteamiento teórico oriental. Considero pertinente realizar la comparación con los cuentos de mi autoría para mostrar la estructura de ambas historias y las influencias presentes. Sin ser solo una explicación banal, busco principalmente ejemplificar los objetivos propuestos de la manera más acertada.

²¹ Kristeva identifica la relación entre un texto y otro, producto del establecimiento de un diálogo: “todo texto se construye como mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto” (Kristeva, 1978:190) en “La intertextualidad: cruce de disciplinas humanísticas”.

TRES MANERAS DE DECIR ADIÓS

He decidido analizar las obras en pares. Elegí tres cuentos propios y los emparejé con dos cuentos de Hiromi Kawakami y un cuento de Banana Yoshimoto. Busco demostrar que la aparente ausencia del conflicto sí sostiene la tensión del cuento puesto que la finalidad de los mismos no radica en el binarismo de oposición sino en la contemplación presente en la cotidianidad y en la reflexión sobre la evolución del personaje debido, en este caso, a la ruptura.

Los tres cuentos abordan diferentes ejes temáticos y la construcción del personaje se vio influenciada directamente por estas obras. Apuntalo a la tristeza, la soledad, la ruptura presente en todos los cuentos que conforman *Despedida en año bisiesto y otras maneras de decir adiós* como un recordatorio de que lo trágico de la vida nos atraviesa a todos, de diferentes formas, en distintos momentos, pero siempre podemos continuar.

Para el primer objetivo propuesto presentaré cada par de cuentos y analizaré cada uno por separado atendiendo a la estructura de cuatro actos. Para el segundo, abordaré el concepto de temalogía para dilucidar los temas presentes; y finalmente, en el tercero, a partir del significado de voz narrativa y personaje diseccionaré la construcción de los personajes así como sus relaciones con los otros durante la historia.

Concluiré presentando brevemente una reflexión sobre mi obra.

LA INCAPACIDAD DE CONECTAR EN «SELVA» Y «UN PASEO POR EL PARQUE»

- 1) El cuento «Un paseo por el parque» forma parte del libro *Amores imperfectos* de Hiromi Kawakami.
 - I. Ki (introducción): La historia comienza presentando a Kiku, que es un hombre cinco años menor que la protagonista y que a ella “le gusta un poco”. Lo describe como impaciente, a pesar de que suele hablar en voz baja, si algo no le gusta se va. Llevan saliendo un par de veces al mes por las noches. No pasa nada entre ellos en esas citas.
 - II. shō (desarrollo): Kiku borracho la llama por teléfono y le propone una cita de día para poder tomarse de la mano. Ella accede y quedan de verse para ir al parque. Ya en el parque, él le invita un helado y ella rechaza; a Kiku le molesta, pero no dice nada. Caminan y deciden sentarse en una amplia explanada. Al estar lado a lado, ella piensa que le tomará la mano, pero no lo hace. Él saca de su bolsillo un papel con dos bolas de arroz que comen sin decir palabra. Hace frío y deciden levantarse e irse.
 - III. ten (giro): La protagonista lo toma de la mano de pronto. Kiku no responde de la manera que ella espera, solo acompaña el gesto sosteniendo con leve firmeza la mano de ella. Más adelante se sueltan y van hacia la salida.
 - IV. ketsu (resolución o desenlace): Después de esa situación no vuelven a tomarse de la mano y dejan de verse tan frecuentemente, ahora solo se ven un par de veces al año. Ella refiere que al tomarlo de la mano tenía granos de arroz en su palma, pero no quiso decírselo. Aún le gusta un poco.

«Selva» es el tercer cuento de mi obra.

- I. Ki (introducción): La protagonista llega tarde a la cita que tiene con Selva. Selva la mira molesta y le reprocha, pero deciden aún con el contratiempo dirigirse a la Feria del Libro. Caminan por las calles para llegar a su destino y no cruzan palabra, pero Selva toma de la mano a la protagonista para no perderse.
- II. shō (desarrollo): Se describe el físico de Selva, sus gustos, sus gestos. Siguen caminando hasta llegar a la explanada del Zócalo donde se suceden las carpas llenas de libros. Sorteando a las personas y platican sobre los libros, la elección de estos y el derecho a elegir libremente lo que cada uno quiera leer. Entran a varias carpas y la protagonista le regala dos libros a Selva. Rozan sus manos. Después del regalo, Selva le confiesa que nunca había sentido algo así por otra mujer y le cuenta sobre su expareja. Explica que tuvieron una relación durante seis años, pero se separaron. Aunque le menciona que él es capaz de perdonarlo todo y esto provoca temor en la protagonista.
- III. ten (giro): Al finalizar el día, caminan al metro donde se despiden. Selva le dirige una sonrisa a la protagonista que ella toma como una señal de despedida. Entre tanta gente, Selva le da un beso a la otra mujer. La desconcierta y se aleja sin decir nada ni mirar atrás.
- IV. ketsu (resolución o desenlace): Selva no vuelve a tomar sus llamadas y pierden todo contacto posible.

2) Hilo conductor de motivo: desinterés, incapacidad de tener una relación, temor, ruptura

En el cuento «Un paseo por el parque» notamos que los personajes no están enamorados. La protagonista refiere que Kiku le gusta «un poco», no demasiado como para entablar una relación profunda. Aunque salen varias veces al mes por la noche a un bar no hay contacto físico entre ellos. La propuesta de una cita diurna podría parecer el momento ideal para establecer un contacto (en este caso tomarse de la mano) que sí ocurre, pero no es relevante y la distancia que existe entre ellos termina por acrecentarse: dejan de verse un par de veces al mes, para verse un par de veces al año. La protagonista desencantada por haber tomado la mano de Kiku con granos de arroz concluye diciendo que todavía le gusta un poco.

En este primer cuento se nota la incapacidad para relacionarse de la cultura nipona. Es bien sabido que en público limitan las expresiones físicas y sus respuestas emocionales son más bien escasas (no son ruidosos ni expresivos frente a otros). Ambos personajes son temerosos en cuanto a dar un siguiente paso²², por eso a la protagonista le palpita el corazón al pensar que él puede tomar su mano, pero al final ella es quien lo hace. También el desinterés de ambos impide que tengan un vínculo sólido por lo cual existe una ruptura que se demuestra al llegar al final del cuento.

En «Selva» nos encontramos con temas similares, es por eso por lo que elegí el cuento de Kawakami para realizar una comparación temática. Selva es contradictoria e impaciente como Kiku, con la diferencia de que suele ser más determinante con sus acciones. Ejemplo de esto es el beso

²² En la película *Kimi no Na wa* (Your name) de Makoto Shinkai, los personajes se encuentran frente al temor de conocerse debido a que la relación se presenta gracias a un intercambio de cuerpos. Aunque, el mundo espiritual es el medio para que esto suceda, se enfrentan al hecho de un desastre que los separará. Al encontrarse por primera vez, se esperaba que las emociones fluyeran entre ellos, pero la reacción de poner solo un te amo en la mano de la joven y después se dé la ruptura, intensifica el dolor en los espectadores.

Otro ejemplo es la película *Umi ga Kikoeru* (Puedo escuchar el mar) dirigida por Tomomi Mochizuki en la que el protagonista recuerda a una joven de la cual estuvo enamorado durante la época escolar, los momentos que pasaron juntos, los breves instantes en que sentían una conexión y después la separación. Años más tarde se da un reencuentro, pero tampoco se observa que sus emociones estén a flor de piel. Es la añoranza lo que permite que conectemos con la historia.

que le da al despedirse, ya que la protagonista no lo espera. De igual manera, entre ellas hay temores que impiden formar un vínculo.

Selva por su antigua relación trae consigo el fantasma de un ex amor que «es capaz de perdonarlo todo» y esto paraliza las acciones de la protagonista. Y aunque muestra interés termina provocando la ruptura con su contradicción de beso/despida. Y la ruptura es más evidente en este cuento puesto que no vuelve a responder las llamadas de la protagonista. Aunque ella tampoco tiene intenciones de entablar algo más ya que se resigna desde el inicio del cuento a que si hubiera llegado más tarde, Selva ya no estaría y ahí hubiera terminado todo.

La motivación principal de la trama es el desinterés desencadenando una ruptura evidente que no llega a ser impactante en la vida de los protagonistas que, acostumbrados tal vez a no tener un vínculo afectivo, continuarán adelante.

3) Los personajes

Los dos cuentos están narrados en primera persona (protagonista) esto quiere decir que nos encontramos frente a un narrador que está contando su experiencia a los lectores. Este narrador solo focaliza internamente en el protagonista y muestra pequeños fragmentos de los personajes secundarios ya que no puede saber qué piensan o sienten, así que con estas piezas sueltas los lectores tendremos que reconstruir la historia para comprenderla.

Comenzaré por las protagonistas: no tienen nombre ni edad y no hay descripción física. Solamente se dejan llevar por las acciones del personaje secundario. Ellas son más bien sumisas, temerosas, desinteresadas. En el cuento de Hiromi notamos que la protagonista es arriesgada al ser ella quien toma de la mano a Kiku y en el cuento de «Selva», la protagonista se limita a escuchar, caminar a lado de Selva y a aceptar la ruptura sin menoscabo.

Los personajes secundarios son más ricos en descripciones. Como se mencionó en el segundo capítulo, son los personajes secundarios a los que se les describe más y tienen un rol importante dentro de los cuentos ya que son ellos quienes motivan por medio de sus acciones un cambio en el protagonista —que pueden no llegar a ser trascendente— ya que no es un conflicto.

Primero que nada, hablaremos de Kiku: él es cinco años menor que la protagonista, su nombre real no se menciona ya que Kiku es su apodo por vivir cerca de la estación de Kikuna. Habla en voz baja, pero es impaciente, aunque no arma alboroto:

Una vez fuimos a un bar y como no venía nadie a tomarnos
nota, se impacientó, se levantó y se fue sin decir palabra.

No se menciona como se conocieron ni por qué la protagonista siente cierta atracción por él, pero su relación no es física y están más bien distanciados:

Salíamos de copas un par de veces al mes. Sólo bebíamos,
no hacíamos manitas ni nos abrazábamos. Kiku y yo
siempre manteníamos una estricta distancia.

No logran conectar y esa distancia se vuelve más estrecha después de la cita diurna, terminando por volverse una relación de un par de veces al año. La protagonista no demuestra tener sentimientos de tristeza, tal vez porque no llega a concretarse la ruptura del todo. No hay descripciones profundas de los personajes.

En mi cuento podemos ver que la descripción del personaje secundario, Selva, es más detallada que en el cuento de Kawakami. Es descrita en el apartado del sho:

Selva era de piel morena clara, medía menos de 1.60
metros, acababa de cumplir veintisiete. Su cabello siempre
estaba suelto, o al menos en las citas anteriores así lo traía.
Sus labios eran delgados, como los filamentos de una flor;

una flor de especie desconocida. Los pintaba de rojo para que se notaran. Excepto por eso no llevaba más maquillaje.

Se describen sus gustos contraponiéndose a los de la protagonista:

Le gustaba visitar museos, ferias de libros y teatros. La primera vez que salimos me dijo que nunca iríamos a un bar o a un antro. Odiaba bailar y el sudor. Yo acepté ir a los lugares que ella proponía. Tal vez en algún punto se abriera a otras posibilidades. De todas maneras, yo no frecuentaba tantos bares, ya que siempre estaba ocupada y mi actividad favorita después del trabajo era dormir.

Es más decidida y expresiva. Si está molesta se le nota y eso provoca temor en la protagonista. Aun con este temor caminan en la Feria, compran libros, se toman de la mano, parece no existir distancia entre ellas. Pero la protagonista presiente el final, primero con la sombra del viejo amor que acecha a Selva y después en la despedida:

Su sonrisa me provocaba un dolor punzante en el pecho. Parecía la sonrisa de alguien que va a decir adiós. Hay sonrisas que anuncian el final²³.

Finalmente se lleva a cabo una ruptura más evidente al dejar de tener contacto con Selva, pero como el vínculo no se había formado no hay tampoco una reacción abrupta por parte de la protagonista. En ambos cuentos queda manifestada la incapacidad de formar un vínculo por medio de las acciones. Cabe resaltar que en el cuento de Kawakami la ausencia de diálogo entre los personajes puede ser un indicio de desinterés; aunque, en «Selva» a pesar de los diálogos, la ruptura parece definitiva.

²³A través del *usus scribendi* como un recurso de inspiración y no de imitación, se puede notar en los diálogos o descripciones la influencia de la literatura japonesa.

LA SOLEDAD EN «SUEÑO PROFUNDO» Y «EN PLENO VUELO»

- 1) «Sueño profundo» es el primer cuento del libro *Sueño profundo* de Banana Yoshimoto
- I. Ki (introducción): La protagonista de la historia, Terako, a manera de monólogo habla sobre su vida rutinaria, la profundidad con la que está sumida en el sueño del día a día, su relación con un hombre casado llamado Iwanaga y la tristeza que carga por el suicidio de su mejor amiga, Shiori. En este primer momento del cuento observamos a Terako que duerme todo el tiempo, se la pasa encerrada en su casa, tiene encuentros con Iwanaga y con tristeza recuerda a su amiga que hace poco se ha quitado la vida.
- II. shō (desarrollo): Nos adentramos en la relación amistosa de Terako y Shiori. Terako describe a su amiga, que vivieron juntas en su departamento, lo cálida que era y lo que compartían. Aun con los recuerdos, no es capaz de expresar los sentimientos que la embargan por la muerte de su amiga. Al mismo tiempo, relata los encuentros con Iwanaga. A través del flujo de conciencia formamos el rompecabezas que entreteje la soledad que permea en la vida de la protagonista. Terako se encuentra con un compañero que fue novio de Shiori, hablan del suicidio repentino y el trabajo de Shiori. Después, la protagonista ahonda en el trabajo de Shiori que consistía en velar el sueño de los clientes que estaban heridos y no querían dormir solos. La conciencia de Terako se ve cada vez más comprometida por su constante sueño profundo que la aísla del mundo real. Al mismo tiempo, piensa en su amiga y solo sale para cenar con su novio.
- III. ten (giro): En una cena con Iwanaga se revela que es un hombre casado, pero su mujer se encuentra en estado vegetativo en el hospital a causa de un accidente automovilístico. Cambia de tema cuando Terako pregunta por la mujer. Y Terako en varias ocasiones refiere que se siente sola al estar con Iwanaga, pero también que lo ama profundamente.

Es una relación que se construye a través de la soledad. Ella es incapaz de dejarlo, pero cuando están juntos se siente vacía y lejana. Al separarse en la noche de cita, ella dirige sus pasos al departamento de su amiga muerta, como una especie de refugio.

Una noche, Terako duerme profundamente a lado de su novio y en sueños se reencuentra con Shiori. Es un sueño vívido que le deja una sensación extraña a la protagonista y llora frente al hombre. Deciden verse de nuevo para contemplar juntos los fuegos artificiales y cenar.

IV. ketsu (resolución o desenlace): Terako comienza a dormir más y las barreras entre el sueño y la realidad se desdibujan. Se siente cansada. Sale con su novio a ver los fuegos artificiales y aunque su vida sigue siendo la misma, la sensación después de ver a Shiori en sueños prevalece mientras a los lejos retumban los cohetes en el cielo nocturno.

«En pleno vuelo» es el primer cuento de mi obra

- I. Ki (introducción): La protagonista a través de un monólogo interno cuenta que está tomando un vuelo y no le ha avisado a «alguien» que ya va en camino. El flujo de conciencia del monólogo permite a la protagonista saltar de una idea a otra sin que tengan sentido aparente. Revela en las primeras líneas que se ha separado de su expareja y está alejándose.
- II. shō (desarrollo): La historia nos adentra en la ruptura. La protagonista se separa y cuenta que la persona con la que tenía el vínculo la negaba y tenía prejuicios por la edad, si se molestaban ella dormiría sola y trataba de complacerlo para evitar discutir. Habla también sobre las sábanas que ella le quita tras la ruptura y recuerda el pan de su abuela. Durante el vuelo, el flujo de conciencia la lleva por ideas y recuerdos variados: la comida que le han servido en el avión, el libro que le recomendaron y dejó al fondo de su maleta, la nueva casa y las posibilidades de la decoración.

- III. ten (giro): La asalta el recuerdo de su madre hablándole sobre su capacidad para huir después de una ruptura. Pero la protagonista piensa en que es una nueva oportunidad para ser diferente, cambiar sus hábitos, conocer a otras personas y olvidar el pasado. Piensa en cortarse el cabello, por ejemplo.
- IV. ketsu (resolución o desenlace): Después de tantas ideas, decide dormir un rato porque aún le falta tiempo para llegar a su destino y piensa en pedir una cobija. Vagamente le llega el título del libro que lleva en la maleta.

2) Hilo conductor de motivo: soledad, muerte, ruptura, mundo onírico, tristeza

En «Sueño profundo» nos encontramos frente a un eje que guía el cuento: el sueño. El mundo onírico está presente en tres personajes: en Terako que duerme demasiado y ha dejado de realizar actividades, como una ruta de escape ante la vida que le parece cruel después de la muerte de su mejor amiga; en Shiori que se dedica a velar el sueño de otras personas (clientes) de su trabajo y que, mediante este sueño compartido, tiene sueños o pesadillas; y, la esposa de Iwanaga que permanece sumida en un sueño profundo (coma) en un hospital. Estos tres mundos oníricos se entrelazan para darle sentido a la pesadez y soledad que invade a Terako.

Gracias a los diálogos y frases que Terako dice en la historia nos damos cuenta de que es un personaje sumido en la tristeza incapaz de expresar sus emociones. Debido a la muerte de su amiga, su mundo se ve cada vez más oscuro y al estar en una relación con un hombre casado cuya esposa no está presente, Terako prefiere dormir profundamente.

Los personajes son entonces seres melancólicos, solos, llenos de tristeza que reflejan la actual desazón por la vida no solo en la sociedad japonesa, sino en otras culturas. La ruptura evidente se da entre Terako y Shiori que se suicida; aunque, vuelve a visitarla una vez en sueños. La relación con el hombre continua, a pesar de que Terako se sienta sola estando a su lado.

La historia es lineal y va reflejando los temas presentados como hilo conductor de motivo. En este cuento abunda el diálogo y hay acciones entre los personajes que son visibles, así como la caída de Terako en el mundo onírico por la incapacidad de sobrellevar la vida real.

Por otro lado, en el cuento «En pleno vuelo» el flujo de conciencia es más evidente, la ruptura se da entre el hombre y la mujer que tenían una relación y la protagonista, sin nombre, se siente sola, triste y decide huir para empezar de nuevo. El monólogo que se lleva a cabo en este cuento da la sensación de rapidez al cambiar de una idea a otra, pero mi interés radica en mostrar las sensaciones: tristeza, miedo, confusión, enojo por la situación de ruptura sin tener que entrar en detalles.

El espacio del avión²⁴ me parece el sitio ideal para que el personaje reflexione sobre sus decisiones, recuerde sobre lo que ha vivido y es aquí donde parece estar soñando ya que observa las nubes, recuerda a su abuela, las sábanas, el miedo a dormir sola y al final, decide sumergirse en el mundo onírico para acallar la mente y alejarse de la realidad. No hay diálogos en la historia, sino un monólogo interior de la protagonista que permite al lector acercarse a los fragmentos de la historia de ella.

3) Los personajes

En ambos cuentos las protagonistas son mujeres. En Banana Yoshimoto sí tenemos nombres de todos los personajes y se muestran las relaciones entre ellos. Comenzaré con la protagonista: Terako. Es una mujer joven que cada vez que está sola duerme demasiado y siente que ya no opone resistencia: «¿Cuándo empecé a abandonarme al sueño? ¿Cuándo dejé de resistirme a él?... ¿He estado alguna vez completamente despierta, llena de vigor y energía?»

²⁴ Ciertos espacios cerrados son utilizados por los y las autoras japoneses para que el flujo de conciencia se desarrolle y el personaje reflexione. En *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo* de Haruki Murakami, por ejemplo, este espacio es el pozo de una casa abandonada que permitirá conectar al personaje con otra dimensión y tratar de comprender los hechos que le ocurren.

Se sumerge en lo profundo del mundo onírico, no trabaja y recibe dinero de su novio — aunque es más bien su amante—, se la pasa encerrada en su casa. Tiene una relación con un hombre casado llamado Iwanaga cuya esposa se encuentra en estado vegetativo. Si bien tienen una relación, Terako se siente sola cuando está con él y no fue capaz de confesarle que su mejor amiga había muerto. Su relación es distante, pero ella se siente profundamente enamorada de él.

Cuanto más intento transmitirle mis pensamientos, más reducidas a polvo quedan las palabras y veo cómo ellas, mientras cabalgan en mis esfuerzos desesperados por comunicarme, desaparecen barridas por el viento. Y no hablo. Así no puedo transmitir nada. Porque, en definitiva, lo único correcto es: «Ha muerto una amiga mía». ¿Cómo voy a poder expresar la soledad que siento?

La incapacidad de transmitir sus sentimientos va sumergiéndola de a poco a la protagonista en un letargo que la aísla del mundo real. Aunado a esta relación amorosa peculiar, la muerte de su amiga, con la cual había vivido, la mantiene en una especie de duermevela entre los recuerdos y la visita a su casa —como una especie de refugio— y el encuentro en el mundo onírico que la sobresalta:

Tenía muchas ganas de ver a Shiori. Pero, como a todas luces era imposible, empecé a vagar sin rumbo, dando un largo rodeo de vuelta a casa. Inexplicablemente, así me daba la impresión de que me acercaba a ella.

El personaje masculino Iwanaga no es descrito más que en las interacciones con Terako, cuando hacen el amor, salen a cenar o duermen juntos. Es silencioso y no le gusta hablar sobre su esposa. La relación entre ellos es complicada, pero Terako se siente a gusto ya que lleva un año y medio sin trabajar y él le transfiere dinero. El amor entre ellos es el de una relación atípica:

Lo único que he tenido claro desde el principio es que este amor se sostiene en la soledad. Entre tinieblas desiertas que parecen brillar, yacemos los dos, mudos, sin lograr sustraernos al hechizo.

Sus interacciones son breves, pero significativas para Terako que, a pesar del amor que le profesa, no deja de sentirse sola y vacía a su lado. Otra interacción que ella tiene en la historia es con un viejo conocido (ex novio de su amiga Shiori) al cual encuentra por casualidad. Platican sobre el suicidio y el trabajo de Shiori y este encuentro altera a la protagonista: «Ese encuentro con aquel viejo amigo, pese a su brevedad turbó mi mente».

En estas frases de la protagonista nos damos cuenta de que los encuentros o las pláticas relacionadas con Shiori la alteran aunque no es capaz de expresar las emociones más que sumergiéndose entre las sábanas para dormir.

En la historia, la relación más importante —a mi parecer— se da entre Terako y Shiori. Habían vivido juntas, eran mejores amigas y Terako se sentía de algún modo plena a su lado. La describe de la siguiente manera:

Mejillas blancas, pupilas claras: su cara risueña parecía una nube de azúcar. (...)

Shiori era blanca de piel, regordeta, con los ojos muy rasgados y el pecho abundante. No se la podía calificar de guapa y, además, su porte, reposado en exceso, le confería un aire maternal, de modo que su atractivo sexual era nulo. Era de pocas palabras, muy femenina: cada vez que pienso en ella, lo que me viene a la mente no es su aspecto, sino esa suave impronta que dejaba a su alrededor.

Para Terako, Shiori era un refugio, como un alma gemela que la entendía. Todo el cuento está lleno de tristeza que no se desborda sino que se concentra en ese otro espacio fuera de la realidad, pero que es perceptible en la protagonista y comienza por afectar su vida.

Ahora bien, en el cuento «En pleno vuelo» solo hay un personaje principal que cuenta la historia desde este monólogo interior que tiene como función principal mostrar los pensamientos y sentimientos del personaje. Con esta técnica narrativa mi intención es que el flujo de conciencia muestre al lector en el tiempo presente de la historia lo que piensa, siente, recuerda, logrando conectar mucho más con sus emociones.

No hay un conflicto (entendiéndolo como una oposición con otro personaje) sino una contemplación de la vida y un cambio que se produce con este vuelo. El personaje principal no tiene nombre, ni edad, ni descripción porque es ella quien nos permite entrar a su mente e hilar por medio de las frases sueltas, las razones por las cuales está cambiando de sitio.

Se observa la soledad que siente y el miedo por comenzar de nuevo, pero también las ganas de ser diferente. En este sentido, elegí ambos cuentos por la cuestión de la ensoñación (el flujo de conciencia de mi protagonista con el vaivén de ideas se termina al final de la historia porque prefiere dormir, como un método de escape de la propia mente) y la manera de relatar la historia de Banana Yoshimoto me recuerda a este flujo de conciencia. La protagonista suelta frases que permiten entender su soledad.

La protagonista de «En pleno vuelo» no ha sufrido la muerte de su amiga, pero quiere huir, se siente sola, triste y es incapaz de expresar sus emociones. Ella asocia también el temor con dormir sola, igual que Terako que en las noches se siente sumergida en una ‘noche profunda’ al estar al lado de su novio-amante a partir de las discusiones con la pareja:

Por qué se habrá ido si yo le estaba dando todo, decía que la edad era solo un número y al final todas las críticas le pesaron, pero si nadie sabía. Siempre estuve ocultando la relación; ni siquiera le dije a mis amigos más cercanos. No digas nada porque se va a molestar y seguramente no vendrá a la casa y dormirás sola.

La protagonista no detalla el motivo de la ruptura, pero prefiere alejarse: ser diferente en otro sitio. Durante el vuelo su mente la lleva al dolor, aunque no termina por expresar las emociones como Terako:

El cielo se ve tan diferente desde aquí. Me da miedo. Sus brazos me abrazaban bien fuerte cuando le decía que tenía miedo. ¿Por qué a mí? Nada es para siempre.

Como se observa en estos dos cuentos, estas relaciones entre los personajes son las que construyen el sentido de la historia que gira en torno a la soledad de las protagonistas. Y, como se observa en el modelo de kishōtenketsu, no hay un conflicto de oposición, sino que se presentan estos cambios de actitud en su vida provocados por los otros personajes.

La manera de narrar se vuelve más íntima acercándonos a sus vivencias y dolores. En mi cuento el motivo de la ruptura sí logra que el personaje cambie de sitio buscando un nuevo refugio, aunque en Yoshimoto el mundo onírico es el espacio donde la protagonista se encierra para dejar de sentir aquellos sentimientos que la perturban. Finalmente, esta otra dimensión es también un refugio al cual puede acceder la protagonista para sobrellevar la pérdida y el dolor.

LA TRISTEZA EN «DESPEDIDA EN AÑO BISIESTO» Y «CRISTALES DE MENTA»

- 1) El cuento «Cristales de menta» forma parte del libro *Amores imperfectos* de Hiromi Kawakami.
 - I. Ki (introducción): La protagonista recuerda que cuando era pequeña le cortaban el cabello en una barbería. Asistía con su hermano cada tres meses y al finalizar el corte, la dueña les obsequiaba un caramelo de canela. Ella, impaciente, terminaba mordiendo el caramelo.
 - II. shō (desarrollo): En el presente de la historia, la protagonista se percata que hace mucho no asiste a la barbería. Es sábado, está nublado y después de levantarse prepara un café. Prende la televisión, mira un reportaje sobre comida en el que hablan de fideos. Ella recuerda a su exnovio Harada le gustaban. Harada y ella terminaron hace un año sin ningún motivo aparente. Viene a su mente el recuerdo de la nuca de él y la sensación de frescura de la infancia después de un corte. Decide ir a la barbería, comer fideos al salir, comprar libros e ir al supermercado. En la barbería le retiran el vello de la cara dejándola suave, pero no recibe un caramelo de canela.
 - III. ten (giro): Como no recibe el dulce, saca de su bolso un frasco con cristales de menta. Fue una recomendación de Harada. Lo recuerda y lo extraña. Se dirige a la librería y aunque siempre compra libros, sale sin nada. Va al supermercado y toda la comida le parece mala y tampoco compra. Piensa en que está triste porque no tiene novio, además ya es otoño.
 - IV. ketsu (resolución o desenlace): Vuelve a su casa, piensa en que quisiera tener novio y en qué estaría haciendo Harada en esos momentos. Finalmente, recaliente el café de la mañana que no bebió, lo toma mientras se acaricia el rostro.

El cuento «Despedida en año bisiesto» es el que le da nombre al cuentario.

- I. Ki (introducción): La historia comienza con la protagonista encerrada en su casa. Siente ansiedad y va en busca de comida a la cocina. No ha hablado con nadie en días y toma su teléfono para mirar los ‘estados’ que han publicado sus contactos en WhatsApp. Recuerda que tenía esa misma sensación de hastío en el último semestre de la carrera y que se había alejado de sus compañeros. Uno de los estados llama su atención porque es un moño negro eso significa que alguien ha muerto. Explica que debido a una pandemia las personas han sentido la muerte más cercana y eso le aterra. Revisa con detenimiento y se da cuenta de que la persona que compartió ese estado es la mamá de su expareja Gabriel.
- II. shō (desarrollo): La protagonista menciona que ella y Gabriel tenían seis meses separados. Su relación había durado seis años, pero las peleas, infidelidades y enojos habían sido las causantes de su ruptura. Fueron a terapia e hicieron lo imposible por reavivar el amor sin conseguirlo. Ella decide poner fin a la relación y lo cita en un restaurante para hablar. Él acepta sin más y llora, ya que esa es su respuesta ante todo. Después, cuenta cómo se conocieron, que habían estudiado en la misma universidad y que él era mayor que ella. La casualidad o el destino los había unido y su relación fue larga. **NOTA:** El giro (Ten) se presenta primero que el sho y se retoma después. Utilicé el recurso de la analepsis para contar sobre la relación y la ruptura de la pareja y que, posteriormente, la protagonista mostrara su respuesta ante la muerte de Gabriel.
- III. ten (giro): (antes del sho) La noticia de la muerte de Gabriel la impacta, pero es incapaz de llorar o gritar lo que siente en ese momento. Se repite que eso no es posible y piensa en porqué nadie le ha avisado. (Después del sho) La protagonista trata de recordar la voz de Gabriel, pero no lo consigue.

Sin embargo, viene a su memoria su ropa, la pulsera que ella le regaló y él siempre traía en su muñeca, sus gestos, la media sonrisa que lo caracterizaba. Siente un dolor profundo en las muñecas, se soba. Ella está acostumbrada a verbalizar lo que siente, pero la voz no sale de su pecho.

IV. ketsu (resolución o desenlace): Se dirige a su cuarto donde está colgado un calendario del 2020 que le regalaron en un intercambio. Observa el pizarrón que Gabriel le regaló, una nota y una fotografía de ellos cuando se conocieron. Toma un plumón rojo de su cajón y tacha la fecha: 29 de febrero. Ella colecciona calendarios como una manera de situarse en el mundo y entender en qué momento de la vida se encuentra. Recuerda que Gabriel se burlaba de ella por coleccionar calendarios. Después de tachar la fecha, guarda el plumón y decide no volver a tener un calendario.

2) Hilo conductor de motivo: muerte, tristeza, ruptura, melancolía, soledad

En el primer cuento «Cristales de menta» se observa que los elementos predominantes en la historia son la ruptura, la tristeza y la melancolía. La historia comienza con un recuerdo de la infancia que se relacionará más adelante con el exnovio de la protagonista. Este recuerdo es importante puesto que el caramelo de canela y los cristales de menta son el obsequio después de la barbería que le transmite frescura y la hace revivir su niñez.

A lo largo de la historia se muestra que está sola, que terminó una relación hace tiempo y no ha salido con nadie más, que ha descuidado su apariencia y a la par, con las descripciones que realiza de su cotidianidad sale a la luz que se encuentra sumida en la tristeza debido a su ruptura:

Hoy es sábado. No he quedado con nadie. (...)

Mientras me pongo el abrigo, me miro la cara en el espejo. Veo a una mujer de pelo liso con expresión resuelta: -Hasta luego- le digo en voz alta a la mujer del espejo, y salgo de casa.

La ruptura ya tiene tiempo, pero ella aún se encuentra triste. En la historia, la protagonista confiesa que no existió un motivo para separarse, simplemente dejaron de verse. Lo echa de menos y este motivo de tristeza se aprecia en los momentos en los que lo recuerda (ya sea por un programa donde cocinan los fideos que a él le gustaban, por los cristales de menta que él le enseñó y que ella come después de la barbería o por el otoño):

«Puede que eche de menos a Harada. Era muy buen chico. Aunque no se puede decir que estuviera loca por él», digo para mis adentros.

(...)

«A lo mejor estoy triste porque no tengo novio», añado a continuación. No pronuncio las palabras en voz alta, las oigo dentro de mi barriga.

(...)

«Me gustaría tener novio -pienso- ¿Qué estará haciendo Harada? A lo mejor también está pensando en mí. Pero lo más probable es que vuelva a saber nada de él».

La última cita revela que ya no volverá a saber de él, lo cual es muy similar a la muerte, ya que la ruptura también es un duelo. La protagonista no establece ningún diálogo con otro personaje, es ella sola lidiando con su dolor, encerrada en su casa, hasta que decide salir a la barbería y los cristales de menta traen de vuelta a Harada y este sentimiento que la acompaña se refleja en su día que no puede llevar a cabo: no compra libros, no compra comida y hasta al final de la historia se

bebe el café de la mañana que no consumió.

En «Despedida en año bisiesto» los temas que conducen la historia son la muerte (como el principal causante del dolor), la ruptura, la melancolía y la tristeza. La protagonista tampoco establece diálogo con otro personaje, está aislada debido a una pandemia, sola, apática, pero con el temor de la muerte que ronda debido a una enfermedad. Es la muerte de su expareja el motivo principal para sacarla de su hastío solo para sumergirla en una tristeza y un dolor perceptible, pero que no puede explicarse ni detonar como se esperaría. La protagonista se entera de la muerte de su expareja y su reacción es la siguiente:

“No puede ser”, este pensamiento se repitió en mi mente por al menos sesenta segundos. Quise llorar, pero las lágrimas no brotaron de mis ojos; quise gritar, pero la voz se fue achicando en mi pecho haciéndose un ovillo. Era impensable que él hubiera muerto y que nadie me hubiese avisado.

La protagonista, por medio de una analepsis, recuerda los motivos de la ruptura entre ella y Gabriel, sus reacciones ante las situaciones (por medio del llanto) y cómo se conocieron. Aborda el encuentro como obra del destino:

Nuestro encuentro, inesperado, me hizo pensar que las casualidades no existen. El destino siempre entreteje nuestras vidas y seguramente tenía que ser de esa manera.

Después de recordar los inicios y el final de la relación, la protagonista regresa al presente donde Gabriel acaba de morir. El dolor se somatiza en su cuerpo; ella incapaz de verbalizar lo que siente, tiene un gesto poco convencional. Ya que colecciona calendarios como una manera de situarse en el mundo, realiza lo siguiente:

Busqué en mis cajones un plumón rojo para tachar la fecha en el calendario: sábado 29 de febrero de 2020. Posé mi mirada sobre las líneas rojas que cruzaban el pequeño cuadrado. Era el último día del mes. El primer día del resto de mi vida sin él.

(...) Guardé el plumón en el cajón. Ya sabía que era incapaz de pasar un día sin revisarlo, pero decidí sin miramientos no volver a tener un calendario.

La protagonista no llora, no grita, no habla con nadie sobre su dolor. Simplemente, el objeto que la mantenía en el aquí y ahora y le recordaría que su exnovio ya no formaba parte del mundo, desaparecerá de su cotidianidad. La tristeza, más sutil que en otros cuentos, envuelve a la protagonista.

3) Los personajes

En «Cristales de menta» la voz narrativa es la primera persona (protagonista). Esta protagonista no tiene nombre, ni edad. En el presente del cuento se ha descuidado, está triste y sola. La única descripción de ella menciona que tiene el cabello liso, la voz sexy y posterior a su visita a la barbería, las mejillas suaves.

Sobre Harada, el exnovio, se menciona su gusto por los fideos, que le enseñó los cristales de menta y su nuca:

A Harada le gustaba cortarse el pelo. Por detrás siempre lo llevaba bien recortado. Y a mí me gustaba acariciarle la nuca pelada y suave. Transmitía sensación de frescura.

Esta sensación de frescura la tiene la protagonista con su hermano cuando se cortaban el cabello en la infancia y comían sendos caramelos de canela. La relación entre ella y su hermano solo se observa en el recuerdo de la infancia. No hay descripción de su familia ni otros vínculos. En la relación de la protagonista y Harada, ella dice que no existieron motivos para la ruptura:

En ningún momento decidimos romper. Cada vez quedábamos con menos frecuencia hasta que, al final, dejamos de vernos. (...)

Me gustaría que Harada estuviera aquí conmigo. No me duele pensar en él porque no hubo ninguna pelea que provocase la ruptura, ni estábamos tan apegados como para que la separación fuera traumática. Hoy los cristales de menta apenas pican.

A pesar de que sostiene que no le duele pensar en él, en la historia se contradice al decir que lo extraña o piensa en lo que él estará haciendo, pero sabe que no volverá a verlo. La protagonista atiende justamente a las relaciones niponas en las cuales el vínculo se termina y aunque se extrañe a la persona, no se vuelve a saber de ella.

En «Despedida en año bisiesto» nos encontramos con una voz narrativa similar: primera persona (protagonista). Tampoco hay descripción física ni nombre de la protagonista. Su relación con otros ha sido limitada debido al confinamiento en su casa por la pandemia. Pero desde el inicio se muestra que tampoco tenía amistades ni vínculos.

La protagonista es expresiva verbalmente, pero con la muerte de su expareja es incapaz siquiera de pronunciar palabra o llorar para demostrar su dolor. El personaje masculino tiene nombre, es mayor que la protagonista. Se menciona qué estudiaron ambos: arqueología y restauración. De Gabriel, a través del recuerdo, se habla sobre su vestimenta y gestos que son difíciles de olvidar para la protagonista:

Lograba vislumbrar su playera negra, la pulsera que le regalé y llevaba siempre en la mano izquierda, su media sonrisa y la forma sutil de mostrar que estaba molesto solo posando la lengua detrás de los dientes.

El vínculo entre ellos fue duradero —una relación de seis años—, una ruptura dolorosa donde el personaje masculino tampoco lograba expresar sus sentimientos:

Las lágrimas de Gabriel fueron el lenguaje durante nuestra relación. Se escudaba tantas veces en la incapacidad de verbalizar sus emociones y lloraba. Lloró la primera vez que le dije te amo. Lloró cuando hicimos el amor en aquella cabaña y le acaricié el cabello durante la madrugada. Y lloró cuando decidí terminar con él en esa tarde de domingo.

La protagonista es quien rompe la relación por la incapacidad de él de mostrar sus sentimientos, pero con la muerte repentina de Gabriel, es ella la que decide canalizar su tristeza de otra manera: no volviendo a tener un calendario.

Ambos cuentos muestran una ruptura atravesada por la melancolía, los recuerdos, la muerte (desde lo literal y lo figurativo) y la tristeza. Una tristeza que no termina por ser apabullante, pero que los lectores sentirán profundamente en los gestos de la cotidianidad: como comer un cristal de menta después de salir de la barbería o tachar en el calendario la muerte del ser amado.

Después de analizar los cuentos japoneses y los cuentos de mi autoría pretendo haber logrado mostrar la influencia de las autoras en la obra creativa que presento; así como la estructura narrativa oriental del kishōtenketsu que sostiene el sentido de las historias a partir de los vínculos de los personajes sin el conflicto desarrollado como una motivación.

SOBRE MI OBRA

Los cuentos reunidos en *Despedida en año bisiesto y otras maneras de decir adiós* fueron escritos en el periodo comprendido entre 2020 y 2024. Tras cuatro largos años decidí reunirlos como mi proyecto de titulación en la Licenciatura en Creación Literaria. Influenciada por las obras de autoras y autores japoneses como: Haruki Murakami, Banana Yoshimoto, Hiromi Kawakami, Sayaka Murata, Kyoichi Katayama, por mencionar algunos, escribí los relatos pensando en la tristeza, la soledad, la ruptura y el dolor provocado por la separación.

En la investigación realizada para la poética del presente trabajo descubrí el kishōtenketsu, una estructura narrativa oriental aparentemente «carente de conflicto» que se desarrolla en cuatro actos, que ya había notado en los cuentos y novelas que leía de Oriente, pero que no había estudiado ni analizado desde esa perspectiva y fue el parteaguas para dicho proyecto.

Si bien en Occidente estamos acostumbrados a narrativas donde el conflicto es lo que motiva la historia, me parece interesante presentar escritos donde no es lo que guía principalmente a la historia y se puede observar, por medio de los análisis del capítulo anterior, que son las relaciones entre personajes, las decisiones, sus emociones y sentimientos los que sostienen el relato.

En los cuentos analizados podemos darnos cuenta de que los personajes sufren, están solos, la tristeza los envuelve, pero sus reacciones no buscan provocar un binarismo sino que continúan viviendo. Por eso también el uso de finales abiertos sirve para que el lector o lectora piense en un futuro para ese personaje. Así, tal cual como es la vida.

BIBLIOGRAFÍA

- ACEVES, Karina, *Shoko: Propuesta de animación a través de la narrativa Kishōtenketsu*, Proyecto del Programa de Honores, Puebla, 2022
- ANDERSON IMBERT, Enrique, *Teoría y técnica del cuento*, Ariel, España, 1991
- ARECO, Macarena, «Imaginarios de espacio y sujeto: Japonerías en la narrativa argentina, chilena y mexicana reciente» en *Nueva Revista del Pacífico*, (65), 4-17, 2016.
<https://dx.doi.org/10.4067/S0719-51762016000200001>
- BARBOSA, Fernando, «Heisei: el puente flotante de los sueños» en *Revista Mundo Asia Pacífico*, Vol. 8, No. 13, julio-diciembre 2018. DOI: 10.17230/map.7.13.5
- BAQUERO GOYANES, Mariano, *Qué es el cuento*, Edición digital a partir de la 1ª ed., Buenos Aires, Columba, 1967 (Colección Esquemas; 83) en <https://www.cervantesvirtual.com/obra/que-es-el-cuento-1197165/>
- BERLUTTI, Aglaia, «La noción de lo pequeño y lo invisible. La mirada literaria de ‘Banana’ Yoshimoto» en *Medium*. Consultado el 14 de septiembre de 2024 en: <https://medium.com/espanol/la-noci%C3%B3n-de-lo-peque%C3%B1o-y-lo-invisible-la-mirada-literaria-de-banana-yoshimoto-1b11558a1151>
- CID LUCAS, Fernando (coord.), «Capítulo 10. Haruki Murakami. Realismo posmoderno y valores clásicos (Antonio Joaquín González Gonzalo)» en *La narrativa japonesa: Del «Genji Monogatari» al manga*. Cátedra, España, 2014. 277-304
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*, 23.ª ed., [versión 23.8 en línea].
<https://dle.rae.es>

GARCÍA-VALERO, Benito Elías, «Lo inusual en algunos relatos de Hiromi Kawakami: una nueva modalidad de la literatura de lo insólito en Japón» en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9294813>. Consultado el 01 de noviembre de 2024

GÓMEZ, Elba, *Mishima y Murakami con "M" de muerte: El tema de la muerte en Tokio blues de Haruki Murakami y Sed de amor de Yukio Mishima*. Tesis de licenciatura, UACM, México, 2017

GUILLAUMIN, Edgar, *Función de los japonismos en la poesía mexicana*. Tesis de maestría. BUAP, México, 2019

KAWAKAMI, Hiromi, *Amores imperfectos*. Trad. Marina Bornas Montaña, Acantilado, España, 2006

KAWAKAMI, Hiromi, *Abandonarse a la pasión. Ocho relatos de amor y desamor*, Trad. Marina Bornas Montaña, Acantilado, España, 2011

LEONARDI, Carla, «El milagro de la belleza» en *Enlaces*, No. 29, septiembre 2023. Consultado el 18 de septiembre de 2024

MACEDO RODRÍGUEZ, Alfonso, «La intertextualidad: cruce de disciplinas humanísticas» en *Xihmai*. No. 5, vol. 3, 2008 en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4953777>. Consultado el 29 de septiembre de 2024

MARTIN TAFFAREL, Teresa, *El tejido del cuento*, Octaedro, España, 2001

MARTÍNEZ, Rafael, «El descenso. Lo cómico y lo vulgar Sobre el concepto de *Bathos* en Alexander Pope y sus posibilidades estéticas», *Reflexiones marginales*, Núm.. 81, 2024 en <https://reflexionesmarginales.com/blog/2024/05/28/el-descenso-lo-comico-y-lo-vulgar-sobre-el-concepto-de-bathos-en-alexander-pope-y-sus-posibilidades-esteticas/>. Consultado el 10 de abril de 2025.

MATÉ, Laura, «Kishōtenketsu: La estructura literaria japonesa en cuatro actos (y cómo lo aplican Ghibli y Nintendo en sus obras)» en <https://laurammate.com/2022/02/02/kishōtenketsu-la-estructuraliteraria-japonesa-en-cuatro-actos-y-como-lo-aplican-ghibli-y-nintendo-en-sus-obras/> (Blog) Consultado el 21 de septiembre de 2024

NIETO NUÑO, Miguel, «Nuevas Aproximaciones a La Literatura Japonesa» en *RAPHISA. Revista De Antropología Y Filosofía De Lo Sagrado*, vol. 5, n.º 1, abril de 2021, doi:10.24310/Raphisa.2021.v5i1.12417

PIMENTEL, Luz Aurora, *Constelaciones I: Ensayos de teoría narrativa y literatura comparada*. Bonilla Artiga Editores, México, 2012

POÉTICA de Aristóteles. Trad. Valentín García Yebra. Gredos, España, 1974

RAMOS, Berenice, *Vínculos y evidencia estética entre la novela japonesa y la mexicana: El jardín de la señora Murakami de Mario Bellatin, “Bonsái” de Guadalupe Nettel y Bonsái de Alejandro Zambra*. Tesis de maestría, BUAP, México, 2015

REBOUL, Beatriz. «El papel de la comida en la literatura contemporánea femenina japonesa: Análisis de las obras *Kitchen* y *El cielo es azul, la tierra blanca*», Trabajo Final de Grado (Universidad Autónoma de Madrid) en *Asiadémica. Revista Universitaria de Estudios sobre Asia Oriental*, núm. 12, julio 2018, 10-30.

<<https://raco.cat/index.php/asiademica/article/view/339705/430684>>

RODRÍGUEZ, Sylvia, «La narrativa anticlimática en Joyce», Universidad Complutense de Madrid,

España. Consultado el 10 de abril de 2025 en

https://www.academia.edu/43328194/La_narrativa_antictim%C3%A1tica_en_Joyce

RUBIO, Carlos, «Octava parte: Era Heisei (1989-2019)» en *Mil años de literatura femenina en Japón*. Gijón: Satori, 2021. 527-590.

SALAS, Antonio, «Hiromi Kawakami: una pluma intimista» en *Japonistas Chile*. 12 julio 2020.

Consultado el 02 de septiembre de 2024 en: <https://www.japonistaschile.com/single-post/2020/07/12/hiromi-kawakami-una-pluma-intimista>

SHŌJI Kaori, «Hitos de la cultura pop de la era Heisei: un largo beso de despedida con la era Shōwa», 2019.

SCHERER, Fabiana, «Banana Yoshimoto: la escritora japonesa que le hace sombra a Murakami» en

La Nación, 28 de enero 2008. Consultado 08 de septiembre de 2024 en:

<https://www.lanacion.com.ar/lifestyle/banana-yoshimoto-la-escritora-japonesa-que-le-hace-sombra-a-murakami-nid2103417/>

TSURUMI, Shunsuke, *Ideología y literatura en el Japón Moderno*. Centro de Estudios de Asia y África del Norte, El Colegio de México, México, 1980

VÉLEZ, Vania, «Yoshimoto y el dúo Kawakami: autoras contemporáneas de Japón», *Revista Rúbrica*

de *Radio UNAM*, México, núm. 148, año 14, marzo 2023, 3-7.

<https://www.radio.unam.mx/wp-content/uploads/2023/03/Revista_Rubrica_No148.pdf>

YOSHIMOTO, Banana, *Sueño profundo*, Tusquets, México, 2015

ZAVALA, Lauro, «Breve historia de la teoría del cuento», Marmórea, Año 2, número 3, Marzo-Agosto 2016, Universidad Autónoma de Aguascalientes, México, 61-75.
<https://doi.org/10.33064/m.3.4874>.

ZAVALA, Lauro, *Teorías del cuento I. Teoría de los cuentistas*, Selección, introducción y notas de Lauro Zavala, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2013.

OBRA CREATIVA

**DESPEDIDA EN AÑO BISIESTO Y
OTRAS MANERAS DE DECIR ADIÓS**

ANDREA CAMACHO

Para mí que nunca he dejado de imaginar

EN PLENO VUELO

Seguramente me dejará plantada. Ni le llamé antes de tomar el vuelo, porque ya le había dicho. No tengo por qué estarle recordando las cosas. Como la vez que mi madre me dejó una hora bajo el rayo del sol y todos los padres habían llegado por mis compañeros al colegio y yo solo me arrimé a una palmera con gusanos. Esos gusanos me daban asco porque parecía que siempre estuvieran uno encima del otro, color café, y el Pérez aplastándolos con el dedo pulgar y el sonido asqueroso que le seguía.

Como los truenos que me asustaron esa tarde. Por qué se habrá ido si yo le estaba dando todo, decía que la edad era solo un número y al final todas las críticas le pesaron, pero si nadie sabía. Siempre estuve ocultando la relación; ni siquiera le dije a mis amigos más cercanos. No digas nada porque se va a molestar y seguramente no vendrá a la casa y dormirás sola. Eso te pasa porque siempre eres mandona y controladora. Como si él no lo hubiera sido nunca, pero probablemente sus relaciones duraban más que las tuyas. No tendría que irse a cada rato. Y dejar las sábanas. Esas sábanas me gustan. Son calientitas, las compramos en las rebajas, cerca de la Navidad. Ojalá mi abuelita volviera a preparar ese pan de naranja, se me antoja tanto con el chocolate del pueblo.

No me gusta la comida que sirvieron, la comida de avión siempre parece de plástico o que está muy refrigerada. Las nubes me marean. Este viaje es una nueva oportunidad, porque tú nunca tienes oportunidades, siempre vas siguiendo el camino que te dicen: la carrera que eligió mamá, esa absurda y aburrida ingeniería cuando en el fondo siempre supiste que querías formar parte del circo porque cuando pasaban el *Avatar* pensabas en esa chica de las trenzas siendo libre.

¿Quién le pone picante al sándwich? ¿Por qué nunca preguntan si comes picante? Me estresa tener que estar abriendo el pan y sacarle el chile verde, sabe asqueroso. A mi mamá le encanta estarle poniendo chile a la comida cuando le he dicho mil veces que me da asco.

Me hubiera traído un libro si son tres horas de vuelo. Dejé el que me regaló Elena en el fondo de la maleta; ni siquiera le quité el plástico porque decía mi profesor que se maltratan, pero en la última charla a la que asistí en la feria me gustó lo que dijo el director que los libros no son el objeto sagrado y que es mejor rayarlos, hacerlos nuestros y luego puso el ejemplo del moco y sentí que eso no se podía decir frente a una audiencia, pero todos se rieron.

En la nueva casa pondré los cuadros que vi en esa tienda de la calle, de la calle que está por la plaza. Se ven padres en línea, seguro estarán mejor en persona. ¿Y si están caros? Yo creo que a veces me merezco un lujo, de vez en cuando, tampoco es como que gaste tanto dinero en cosas de ricos.

Como este viaje, dijo mi mamá que otra vez estaba huyendo y para qué si siempre vuelvo con los mismos. No es verdad. También sé elegir diferentes, esta vez será diferente porque ya me cansé. Mereces algo mejor, un amor completo, alguien que no te genere inseguridades, porque a los hombres les gusta generar inseguridad y celos y que estés llorando en la habitación pensando. Yo no hice nada, nunca hago ni digo nada, siempre cobarde y agachada. Este sándwich está bien duro y el pan blanco solo me gusta cuando lo caliento en la sandwichera, llegando voy a comprar algo de comer que no sea un sándwich y tal vez cambie mis hábitos. Correr no porque si corro mucho, vomito.

El libro que me regaló Elena lo sacó de su estante, nuevecito, ¿cómo se puede desprender tan fácil de sus libros? Yo ni siquiera los encargué con nadie ni los repartí, porque en unos meses volveré a casa, pero primero necesito este espacio. Pensar, olvidarlo, llorar, caminar en las calles que vi en el mapa, conocer gente nueva. Hace tanto que no tengo contactos nuevos, ni salgo con nadie más, les diré que soy interesante.

¿Y si cambio? Un nuevo corte no me vendría mal, como las mechas verdes que me hice hace dos años o las rojas o las moradas o el matizado. Nadie me reconocía. Será mejor que no me reconozcan. Van a pensar que soy aburrida como él y se van a alejar. No, nadie se aleja si tú te comportas diferente. Todo era más sencillo en la secundaria. Mi abuelita hacía de comer y elegía mi ropa, jugaba fútbol. Mi mamá aún no jodía como en la prepa y en la carrera. Necesitamos dinero. Ya sé, se necesita siempre.

El cielo se ve tan diferente desde aquí. Me da miedo. Sus brazos me abrazaban bien fuerte cuando le decía que tenía miedo. ¿Por qué a mí? Nada es para siempre. Esa canción que me puso Elena cuando le dije que otra vez me iba. No te preocupes, todo pasa. Respira, todo pasa. Ya sé. La nueva casa y los muebles y las sábanas calientitas que le robé antes de irme. Pero si yo las pagué, no le voy a dejar nada, ya bastante tiene con... ¿Y si te rapas la nuca? Nunca te dejaba ser como querías, entonces para qué quedarte. Voy a pedir una manta ahorita que venga la señorita. Mejor me duermo un rato, todavía falta para llegar. Alegoría de algo se llama el libro. Igual y sí lo leo.

ENCUENTRO

Una mujer entra a una cafetería. Elige la mesa del rincón. Un mesero se acerca y le extiende la carta. Un café americano, pide ella. ¿Algo para acompañar?, No, así está bien. Sentada, cruza la pierna derecha sobre la izquierda. Llega el café. Le pone azúcar y revuelve con la cucharita. Un hombre entra a una cafetería. Elige la mesa junto a la ventana. Un mesero se acerca y le extiende la carta. Un té de menta pide él. ¿Algo para acompañar?, Sí, una tarta de frutas, por favor. Sentado, se rasca la cabeza. Saca un libro. Llega su té y la tarta. Mira la bebida caliente y prueba un pedazo de tarta.

La mujer pide la cuenta. El hombre pide la cuenta. Alzan la mirada. Se encuentran sus pupilas por milésimas de segundos. Sonríe el hombre, baja la cabeza la mujer. Ella se levanta y camina hacia la puerta. Él la sigue con la mirada. Espera un tiempo prudente y sale también.

La mujer camina hacia la izquierda, el hombre camina hacia la derecha. El hombre piensa que el prendedor que le sostiene el mechón a la mujer es peculiar. La mujer piensa que el perfume del hombre huele igual a un bosque después de la lluvia. Las nubes cubren el cielo y comienza a ponerse el sol. Ambos caminan deprisa. La mujer vive en un departamento en la calle “X”, el hombre vive en una casa en la calle “Y”. Ambos viven solos. La mujer tiene dos peces: Pan y Ajo. El hombre tiene un canario amarillo llamado Lucio.

La mujer entra a la casa y prende el radio. El hombre entra a la casa y se quita los zapatos. Se sientan frente a la ventana. El hombre mira la casa de enfrente; desea fumar un cigarro. La mujer mira los otros departamentos y las formas de las nubes; piensa en cómo será la voz del hombre.

Las aves cruzan el cielo, se escuchan por todos lados los sonidos de claxon, ruidos de puertas, la televisión encendida. Truena a lo lejos. La mujer mete su ropa. El hombre se levanta y toma un baño. El día les parece particularmente agradable. Mañana seguramente el hombre pedirá otra bebida y tal vez un postre para acompañar. La mujer no sabe qué día tendrá nuevamente un momento para ella. Anhela disfrutar de los pequeños detalles y del tiempo para leer frente a una humeante y cálida bebida.

Los días pasan lentos, tan lentos. La mujer vuelve a la cafetería. El hombre vuelve a la cafetería. Se miran a lo lejos y sonríen. Una sonrisa pícaro para un segundo encuentro. Ordenan, sorben despacio sus bebidas. La mujer imagina que el hombre le envía una servilleta con una frase “¿Te gustaría compartir la mesa?”; el hombre imagina que le envía una servilleta con una frase “¿Y tu prendedor?” El mesero entrega ambas cuentas.

Se eleva y desciende el Sol. Primero dos, tres, cuatro y cinco veces más. La puerta de la cafetería se abre. El hombre avanza con paso seguro y se sienta en la mesa del rincón. Llega la mujer poco después. Se acerca a la mesa del rincón controlando los nervios. *Love is in the air*. Se sienta. El mesero entrega las cartas. Ordenan. Sus voces apenas y rozan el aire citadino. Las bebidas llegan y mecánicamente tintinean las cucharillas.

No pronuncian ninguna palabra. Beben sus bebidas y se sonríen. Me gusta tu prendedor, comenta él. Gracias, dice ella. ¿Vives cerca?, dice él. A veinte minutos, contesta ella. Continúan su charla. A él le gusta el cine clásico, en blanco y negro. A ella las comedias francesas. A él le molesta el ruido, a ella le gusta escuchar música todo el tiempo. A él le gusta la playa, a ella el bosque. Él es programador, ella es enfermera. Él es vegano, ella no puede vivir sin la carne. Hablan de banalidades. Se despiden aguardando otro encuentro casual.

Transcurre una semana. Vuelve el hombre a la cafetería. Hay un letrero: SOLO PARA LLEVAR. De un momento a otro, el virus mortal se disparó y muchos negocios cerraron. El hombre piensa que debió pedirle su número a la mujer. El mesero le dice que puede ordenar, pero debe irse pronto y usar cubrebocas la siguiente vez que vaya. El hombre mira su reloj. Es la hora a la que siempre va a la cafetería. Pide un té y se marcha. Dos días después, las autoridades declaran Fase 3. El país ha entrado en cuarentena.

El hombre realiza su trabajo desde casa y no sale para nada. Extraña la cafetería, el té de menta y el prendedor de la mujer. La mujer trabaja en un hospital. Todo el día trae cubrebocas, careta, guantes. No tiene tiempo para pensar en ninguna otra cosa. El hombre teclea en su computadora. La mujer cabecea en sus descansos. Ella evoca el sabor del último postre, paladea el recuerdo que le dejó el último encuentro con el hombre. La pandemia está arrasando poco a poco con la vida que le quedaba después del trabajo.

Pasan veinte días. El hombre está desesperado. Enciende el televisor y lo pone a volumen bajo mientras continúa trabajando. Un impulso lo hace voltear. Una imagen de un hospital. La noticia: Más de veinte mil muertos por coronavirus.

Los hospitales no se dan abasto. Doctores y enfermeras comienzan a morir. Debido a la alta probabilidad de contagio, solo se notifica a los familiares y se entregan posteriormente las cenizas. La fragilidad del hombre frente a la naturaleza. No hay nada que se pueda hacer, dicen las autoridades.

¡Cómo pudimos llegar a tanto!, reclama el hombre. ¿En qué momento pasó todo esto? La vida antes de la pandemia le parecía un sueño. Era algo irreal. Ahora, todos los negocios cerrados, la comida a domicilio, el home office al que no terminaba de acostumbrarse.

Su familia esperando a través de una pantalla para poder mirar sus rostros. Las risas apagadas de sus amigos. La muerte, inesperada y silenciosa, que ya había consumido a algunos conocidos y a sus padres o seres más cercanos. Sin vacunas, ni remedios, ni soluciones, salvo esperar resguardado en sus cuatro paredes.

Vuelve al trabajo después de recordar con fuerza aquellos momentos de la vieja vida. Lo sencillo que era salir, caminar, pedir un café, no traer esa máscara que solo permite unos ojos curiosos para el mundo. Al menos tiene salud. No debe arriesgarse al frente como otros tantos. Teclea. El café humeante no se compara a la sensación del encuentro con ella, de las bebidas compartidas y las risas y sus ojos.

¿Cómo estará la mujer? Un recorrido por el hospital. La mujer trabaja cuidando enfermos. La primera línea no debe detenerse. Hay que hacer hasta lo imposible, pero ella... Lleva tres días entubada. Se dispararon sus ataques de asma. Los medicamentos que poseen no son suficientes para estabilizarla. Sus compañeras y amigas mueren sin que nadie se entere. El sufrimiento es indescriptible y muchas personas siguen sin creerlo.

Ojalá abran pronto la cafetería, pide él, ahora sí la invitaré a caminar o al cine, o tal vez le diga que todo estará bien. Nos reiremos nuevamente, sin miedo, sin máscaras, sin ese halo de muerte a nuestro alrededor. Piensa y piensa el hombre en el día que puedan encontrarse. Le contaré que estuve pensando y rezando por ella. Y que, algunas veces, pedía la tarta que ella saboreaba la primera vez que nos miramos. Dejaré de tener miedo ahora que la vida es tan fugaz y la muerte nos respira en la nuca.

La mujer muere en medio de una pandemia sin que nadie se entere. Antes de morir, recuerda el aroma del perfume del hombre. Ojalá hubiera ido con él al bosque. Seguramente le diría que se tumben en el pasto a mirar las nubes y a disfrutar del paisaje. Su perfume sería la lluvia cayendo sobre los brotes.

La mujer sueña con la ligereza del viento, con las últimas risas, con la tarta y los ojos del hombre, con sus peces, con una vida diferente, con el pasado. Sonríe. Ojalá abran pronto la cafetería. Ojalá nos volvamos a encontrar.

SELVA

Para Miriam

Llegué media hora más tarde de lo acordado.

Selva estaba molesta, pero trataba de disimular. Los audífonos la aislaban del ruido producido por el ir y venir de los automóviles. Constantemente movía las manos como tratando de atrapar el aire. Las últimas dos ocasiones que salimos me había percatado de este gesto. Caminé hacia ella, hice una mueca extraña que pretendía ser una sonrisa de disculpa. Las sonrisas de disculpa eran mi mejor arma para evitar los pleitos. Selva alzó una ceja desafiante. Después sus labios se curvieron lentamente.

—Si no me gustaras tanto, me hubiera ido cuando me avisaste que venías tarde—dijo antes siquiera de pronunciar un hola.

—Perdona, no contaba con que se atravesaría el tren. Técnicamente no es mi culpa—me excusé.

Se quedó pensado unos segundos, suspiró, guardó sus audífonos en el compartimento de su pequeña mochila azul y me tomó de la mano. Cruzamos la avenida y nos adentramos a la Alameda. El mar de gente me abrumaba, pero tomada de su mano, sorteando obstáculos fue más llevadero. Nuestra cita tendría lugar en la Feria del Libro del Zócalo.

Durante los veinte minutos que hicimos del metro Hidalgo hasta el Zócalo apenas y pronunció palabra. Estaba molesta. Yo pensaba en que, si el tren se hubiera detenido por más tiempo, cuando llegara a Hidalgo ella seguramente ya no estaría. Entonces la llamaría para disculparme y no tomaría mis llamadas hasta después de tres días solo para decirme que se había aburrido de mí y que la dejara en paz. Su mano apretó fuerte la mía y la miré de reojo.

Selva era de piel morena clara, medía menos de 1.60 metros, acababa de cumplir veintisiete. Su cabello siempre estaba suelto, o al menos en las citas anteriores así lo traía. Sus labios eran delgados, como los filamentos de una flor; una flor de especie desconocida. Los pintaba de rojo para que se notaran. Excepto por eso no llevaba más maquillaje.

Le gustaba visitar museos, ferias de libros y teatros. La primera vez que salimos me dijo que nunca iríamos a un bar o a un antro. Odiaba bailar y el sudor. Yo acepté ir a los lugares que ella proponía. Tal vez en algún punto se abriera a otras posibilidades. De todas maneras, yo no frecuentaba tantos bares, ya que siempre estaba ocupada y mi actividad favorita después del trabajo era dormir.

Llegamos al final de la calle Madero. Frente a nosotras se extendían carpas blancas que recordaban a un campamento indio. El calor era soportable. El ruido de la ciudad me aturdí constantemente, pero a su lado todo me parecía superfluo. Navegaba dentro de un submarino que ella y yo conducíamos.

—¿Estás buscando algún libro en especial, editorial o evento? En el camino revisé la cartelera por si...

—No. Solo quiero ver. Muchos de los libros que compro son de autores que casi nadie lee. No me interesa leer lo del canon, creo que deberíamos leer a quien quisiéramos y no sentirnos mal por no haber leído a los clásicos griegos.

—¿Cómo eliges entonces?

—Me fijo en la portada, en datos del autor, por ejemplo.

Selva me jaló de la mano antes de que pudiera decir cualquier otra cosa. Caminamos y hablamos poco; volteé a mi alrededor para observar a los gigantes editoriales abarrotados de pseudointelectuales que tomaban lo primero de las mesas de novedades y pagaban sin ton ni son. Selva tenía razón. Algunos de esos libros eran de *influencers* que tenían más de cien mil seguidores en redes. La literatura se veía degradada a “éxitos de venta”. Me provocaban náuseas.

Antes no era así. O al menos no de forma tan descarada. Recordé un texto de Gabriel Zaid sobre las editoriales, los libros, la cultura y el quehacer de los lectores y los escritores para entender y recrear la realidad. Quise comentarle mis percepciones sobre aquello, pero preferí guardarlo para la comida. Solía pensar que los libros de estas ferias eran cuidadosamente elegidos, que se buscaba generar consciencia en las personas y no leer lo primero que estuviera a la venta. Tal vez estaba siendo prejuiciosa. A Selva no le gustaban esa clase de comentarios.

Nos alejamos de esas carpas y entramos a una lo bastante amplia para que cupiera una mesa de 2x2 metros mostrando los libros. La variedad no era grande, pero los títulos eran extraños y las portadas coloridas. Selva tomó uno de color verde cuyo título era *Diario de las especies*. Pensé que hablaría de animales extraños, de sus sueños profundos, sus temores por el futuro o la rutina que suponía la vida diaria. Sin leer la contraportada pagó los cuarenta y cinco pesos y lo guardó en su mochila.

Quise pedírselo para leer la contraportada, hojearlo un poco; su actitud me detuvo y fuimos a otra carpa que ya había entrado en su campo visual. Selva se movía como una niña pequeña entre la gente. No prestaba atención a los postes, cajas con libros u otros objetos. Escasos tres o cuatro metros nos separaban de la otra carpa, y en dos ocasiones chocó:

primero con un señor robusto y después con un bote de basura. Ni siquiera volteó ni se sobó el brazo que presentaba un ligero enrojecimiento. Miraba hacia el frente; atrapada por el nombre del stand: *Feminismo antiespecista*. No había leído antes esa combinación de palabras, pero creo que ella ya y ante sus ojos el paraíso se abría incitante.

Se detuvo a observar cada uno de los títulos, los ojeó. Agarró los fanzines, los pines y unos separadores. No podía contener la emoción. Le dije que eligiera un título; yo se lo regalaría. No se decidía entre dos: uno de poesía y otro de microrrelatos. Al final pagué ambos: *Flores revolucionarias y Atrapadas*. Murmuró un gracias y rozamos nuestras manos por un instante.

Ese día Selva dijo que nunca había sentido algo así por otra mujer. Me quedé callada. Creí muchas veces -por su actitud retadora- que era dominante y podía conseguir a la mujer que quisiera, pero confesó que siempre había estado con una sola persona: *ese* hombre.

Se enamoró en la preparatoria y planeó su vida a futuro con él. Todo estaba asegurado para ella: casa, carro, tener una familia a la cual dedicarse en cuerpo y alma. Y sobre todo la aprobación de su madre. Seis años duró su relación. Peleas, altibajos, engaños, rupturas, perdones y lágrimas. “Él es capaz de perdonarlo todo”. Esa frase me perseguía constantemente. Sentía que la sombra del viejo amor me acecharía como un lobo a una oveja. Pero dicen por ahí que los lobos no se comen a las ovejas, sino los pastores. Y Selva sabía mantener a su lado al rebaño.

Cuando nos conocimos, me contó sobre su relación, sobre el temor a enamorarse de nuevo y a las ganas de algo diferente. Ella siempre era contradicción. No daba muchos detalles; yo intuía todo y armaba el rompecabezas con sus frases sueltas. ¿Le había gustado tanto un amor sin poemas? ¿Sin caricias a conciencia, sin arroparse en las mañanas frías?

Por la noche, después de un día de ajetreada actividad lectora, llegó la hora de despedirnos. Cuando llegamos a la estación Balderas, sonrió. Su sonrisa me provocaba un dolor punzante en el pecho. Parecía la sonrisa de alguien que va a decir adiós. Hay sonrisas que anuncian el final.

Estábamos a punto de despedirnos y de pronto me besó. Con todas sus ganas, con todos sus miedos, con todo su pasado y con lo incierto del futuro. Entre los cientos de personas que avanzaban en la estación, que se empujaban y corrían presurosos para subir al vagón, en medio de todo estábamos nosotras. Escuché a lo lejos el sonido del metro a punto de salir. Y mis oídos comenzaron a taparse, un ruido blanco invadió mi mente. Ella siguió besando mis labios temblorosos. Se apartó suavemente y caminó hacia su destino sin mirar atrás, sin decir palabra.

Nunca más volvió a tomar mis llamadas.

MUDANZA

El agua caliente relajó mis músculos. Enjuagué mi cabello y tallé cada parte de mi cuerpo. Al salir de la ducha me recosté sobre la cama. Me gustaba permanecer desnuda sobre las sábanas tibias y dejar que mi piel se secará libremente. No tenía prisa por nada. El nuevo trabajo me permitía darme ciertos lujos como estos. Me alegraba haber aceptado y cambiar de aires me venía bien. Era una renovación.

Aunque me aburría en la nueva ciudad. Estar en otro Estado era algo completamente fuera de común. No había pensado en mudarme tan lejos de la casa de mis padres, porque podían necesitarme en cualquier momento. Yo no tenía hermanos que me echaran la mano. Ni siquiera cuando Antonia y yo decidimos vivir juntas. El departamento estaba a media hora y si surgía algo, era fácil para mí llegar con ellos.

Desde nuestra separación no había pronunciado su nombre. Antonia había decidido de un momento a otro que lo que pensara su mamá sobre las relaciones homosexuales lo era todo, que seguramente la condena pronunciada una tarde sobre irnos al infierno por lesbianas se cumpliría. Ninguno de mis argumentos fue suficiente para que ella se quedara y, empacando recuerdos y promesas, nos dijimos adiós. Me enteré más tarde de que salía con un hombre que, según su madre, sí valía la pena y podía darle el gasto. Estaba embarazada cuando nos dejamos. Sería la madre, la esposa y la hija perfecta. Ahora sí.

El departamento que escogimos cuando vivimos juntas era un sueño hecho realidad. Antonia tenía muchos problemas en la cuestión de la limpieza, no podía ver que algo estuviera sucio porque inmediatamente lo rociaba con agua y jabón y procedía a fregarlo con un trapo.

Lo elegimos una tarde de primavera mientras tomábamos té de fresas. En la pantalla de la computadora teníamos abiertas diez pestañas con alquileres en renta. Miramos las fotografías, checamos los costos, la distancia y seguridad de los alrededores.

Ella era práctica: si tenía habitación amplia y un baño bonito, era todo lo que necesitaba. Yo quería grandes ventanales. La luz entrando a la casa e iluminando todo me parecía romántico y dulce. Uno de tantos cumplía con las características que ambas deseábamos. Así que mandó un mensaje y concertamos una cita para el sábado.

Ese día llegamos temprano. Me invadió el miedo: vivir con alguien era un gran paso. La señorita nos dio un recorrido por el departamento y nos explicó cuándo se pagaría la renta, los beneficios como la limpieza una vez a la semana y las chapas de seguridad porque era una zona peligrosa. A mí todas las zonas me lo parecían ya. Eran las nueve de la mañana y los rayos solares entibiaban la sala-comedor. Un ventanal daba directamente a unos árboles frondosos.

Mientras Antonia revisaba el baño y comentaba cosas con respecto al sarro y las goteras, yo me acerqué al vidrio y lo abrí con cuidado. El viento mecía suavemente las hojas y el aroma a pasto recién cortado invadió mis fosas nasales. Podíamos poner nuestro huerto en el amplio balcón, unas sillas y una mesa para disfrutar de los atardeceres que, según la señorita, eran hermosos porque los edificios no bloqueaban la vista.

Volteé cuando escuché la voz de mi mujer. La señorita nos dio un momento para que pensáramos si queríamos rentarlo porque los interesados eran bastantes. Antonia asintió, tomó mi mano fuertemente y firmamos el contrato por un año.

El día de la mudanza fue complicado despedirme de mis padres y comenzar una nueva aventura. Mi madre sabía que Antonia era especial y compró unas sábanas para que las estrenáramos en nuestro nuevo hogar.

Ambas teníamos muebles y Antonia había vivido varias veces fuera de casa. Siempre que discutía con su madre o se sentía muy presionada huía como un animal atemorizado. Por eso no resultó raro que volviera a rentar y se llevara algunos enseres consigo. Normalmente ella tenía cajas llenas de libros, cuadernos y alguna ropa en maletas por si alguna tarde el ambiente era tan sofocante que, a la menor provocación, tuviera que salir corriendo.

Acordamos llevarnos lo necesario. El departamento que rentamos estaba semi-amueblado, así que las cosas que llevamos fueron nuestros escritorios, colchones, mucha ropa, toallas nuevas —junto con las sábanas de mi madre —, tres libreros y siete cajas llenas de nuestros ejemplares.

La primera semana fue confusa y llena de desacuerdos porque aún quedaban cosas dentro de las cajas y yo comenzaba a desesperarme con la poca organización de ella. Decidimos que el fin de semana nos pondríamos manos a la obra para acomodar los libros y la comida en la alacena. La vida juntas era difícil, pero satisfactoria.

Me tapé con la toalla en mi cama porque sentí un frío recorriéndome. La toalla seguía siendo la misma de cuando viví con Antonia. Tenía ciertos recuerdos materializados de los cuales me era imposible desprenderme. Los libros con anotaciones que seguían mirándome desafiantes, dos suéteres que conservaban el aroma a naranja del suavizante que solíamos comprar. La última psicóloga con la que había tomado terapia hizo hincapié en lo importante de soltar para poder continuar, pero ¿cómo se vive después de haber amado tanto?

Antonia era maternal y preparaba desayunos maravillosos. Seguramente ahora que sería madre, sus cuidados y su obsesión por la limpieza aumentarían. La imaginaba cambiando a su pequeño cada dos horas y limpiándole la cara sucia de leche. Habitaría una nueva casa pulcra e impecable donde reiría con otro. Constantemente esa imagen vívida aparecía en mis sueños.

Mi madre alguna vez me habló sobre el vínculo en la pareja y la intimidad. No, no se refería solamente a los encuentros físicos y arrebatadores entre pares, sino a comprar la despensa juntas, poner reglas que nos beneficiaran, velar por el bienestar de la relación y, sobre todo, a darnos cuenta de que en los pequeños detalles se construía algo cada vez más sólido. Esos detalles fueron los cimientos de nuestro amor.

Los libreros me los llevé después de que terminó el contrato y, por ende, nuestra relación. Me hubiera gustado seguir viviendo en ese departamento con vistas a los imponentes y fragantes árboles; escuchar cada mañana el trinar de las aves que se posaban en los balcones y el ruido insistente de su alarma. Era un buen lugar. El piso rechinaba cuando lo lavábamos de más, las cortinas estaban ligeramente raídas (quise cambiarlas tantas veces), pero esos desperfectos eran parte del todo. Conformaban el hogar.

En medio de mi nueva habitación traté de recordar el canto de las aves del viejo departamento, la forma en la que silbaba el viento por entre las ramas y la tibieza de ese sol que inundaba cada rincón. Solo pude evocar el dolor profundo que albergaba en mi pecho. Ese dolor que me atravesaba como pequeñas agujas.

Mis nuevas cortinas eran color arena. La alacena tenía lo necesario para una persona, el piso no hacía ningún sonido por más que lo tallara tres o más veces al día, el sol quemaba cuando abría de par en par los ventanales (las viejas costumbres no se van nunca). Era una casa hecha y derecha.

Por desgracia, desde su partida cada lugar al que me cambié dejó de sentirse como un hogar. Antonia les faltaba a todos los aspectos de mi vida. La echaba de menos. La echaría de menos el resto de mis días. Ahora ella sería la esposa de alguien más.

LOS NÚMEROS PRIMOS

Me habían corrido de la casa porque en el trabajo no me pagaron y mis padres estaban cansados de la incompetencia que venía arrastrando desde hace años. Reclamaban constantemente y lamentaban el haberme permitido estudiar esa carrera inservible. Pero para Catherine no era algo relevante conocer mis estudios o si me matriculé cuatro años en una escuela privada y costosa que, mis padres con sumo esfuerzo, habían logrado liquidar. A ella no le importaba gran cosa lo que había hecho con mi vida hasta ahora.

A mis padres les desagradó apenas se las presenté. Y tal vez sea por eso por lo que decidí aferrarme a su falda como un infante y no despegarme de ella. No era realmente bonita, siquiera un poco agraciada. Constantemente colocaba un mechón suelto sobre su oreja prominente, no llevaba aretes y las blusas le daban un aspecto masculino que me atraía. Nos habíamos conocido en un restaurante a las afueras de la ciudad, aproximadamente un año atrás.

En ese restaurante se enfilaban obreros y otros cuantos desdichados como yo que no confiaban ya en la buena suerte. Cuando llegó alzó la vista y su nariz aguileña resplandeció levemente por un colado rayo de sol. Me atrapó y me acerqué a su mesa apenas vi que el camarero anotó en su papeleta lo que desayunaría esa mañana de miércoles.

—¿Puedo sentarme? —dije titubeante,

—Ya estás aquí —respondió con una mueca que después supe que era su franca sonrisa.

Observé sus pómulos y su cuello ligeramente con arrugas. Era blanca, casi como la leche que vaciamos apenas llegó el café americano. Sus manos se movían de un lado a otro, impaciente.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar trabajando? —la confronté

—¿No deberías tú estar haciendo lo mismo? —respondió molesta. —Pareces un joven de buena familia.

—Sí... no he tenido suerte con eso. La situación no ayuda y no quiero terminar —bajé la voz— como ellos. Señalé a los obreros que mordisqueaban tostadas y comían presurosos sus huevos. —Estudié...

—No me interesa —respondió con un leve gesto de su mano derecha —No quiero saber a qué te dedicas o dónde estudiaste. Mejor cuéntame qué opinas de los números primos.

Nunca había pensado en los números primos. De hecho, las matemáticas me parecían algo aburrido. Las operaciones fundamentales me venían más o menos bien porque mi padre, un contador eficaz, me reprendía si sacaba una mala calificación. Traté de recordar el concepto primordial de los números primos, pero solo vino a mi mente una sucesión torpe de 1, 2, 3, 5, 7...

—Los números primos solo pueden dividirse entre uno y entre sí mismos —respondió ella con esa misma mueca —son la base para construir postulados y darles sentido a los números naturales ya que todos pueden expresarse como productos de números primos.

—No tiene sentido, y tampoco despierta en mí gran interés —dije de mala gana.

—No es necesario. Solo quería charlar un poco, de cualquier cosa. Los números primos me parecen artificiales y por eso su belleza es menos visible, pero no quiere decir que no esté ahí.

Pensé que ella era parte de una sucesión de los números primos. Que no podría dividirse ni mostrarse sino solo consigo misma y a otro, a *ese uno*. Después del desayuno, le pedí su teléfono y quedé de llamarla para salir.

Nos miramos en contadas ocasiones y en cada una de ellas me hablaba de matemáticas, postulados, problemas sin resolver y conjeturas que no lograba descifrar. No le pregunté tampoco cuál había sido su área de estudios, y descarté que estuviera relacionada con esa materia: creo que era más bien una aficionada.

Una tarde de verano, luego de seis meses de nuestro primer encuentro, me confesó su nombre: Catherine. Durante nuestras primeras citas ella me había propuesto solo llamarla ‘chica’. Su nombre no lograba relacionarlo con los números. Ni con las flores, ni con los peces, ni con las nubes. Mis padres se mostraban hoscos cuando pronunciaba su nombre en medio de una charla en la comida, o cuando me veían leyendo algún tratado matemático para acercarme más a ella.

Catherine. No me decía nada cuando paseábamos por calles enfiladas llenas de altos y ominosos edificios que tapaban la vista. No me decía nada cuando preguntaba por algún postulado que ella no hubiera mencionado antes. Aun así, me sentía bien en su compañía. Como si todo aquello que me aquejaba hubiera desaparecido de pronto.

Los días que no estaba con ella me la pasaba trabajando en un sitio que me parecía aburrido y tedioso. Odiaba llegar al cubículo y sentarme, pensar en todos los libros que tuve que leer, los ensayos, los exámenes y encontrarme ahí frente a otros hombres como yo. No valía la pena. Pensaba constantemente en los números primos. A veces me miraba dibujando sucesiones con el dedo en el aire, mientras revolvía el café.

Estaba obsesionado o poseído por Catherine. Y apenas sabía algo de ella. No tenía idea de dónde había crecido, o dónde había estudiado o si acaso tenía estudios. Ella decía que eso no era lo importante, sino que ninguno de los dos dividiera al otro. Éramos los unos que podían hacerlo. Pero no lo hacíamos. Algunas tardes, después de los encuentros fugaces sentía un dolor que me recorría. Así que solía escribir mis pensamientos en una libreta. Sobre el universo, la fugacidad de la vida, lo doloroso que resultaba sentirse un fracasado constantemente y el terror por el futuro poco prometedor.

Ninguna de estas cosas lograba verbalizarlas: ni con mis padres, ni con Catherine. Sentía un vacío ligero que poco a poco, con el paso de las horas y de los días, se transformaba en un agujero negro que absorbía todo a su paso. No quería absorberla a ella. Perderla era un miedo constante.

Nunca dormimos juntos hasta que nos juntamos en su apartamento de la calle X. Tampoco rozamos nuestros labios. Ni siquiera en esos días. La noche que mis padres arrojaron mis cosas fuera de la casa, la llamé para pedirle apoyo. Contestó un sí, breve y carente de emoción. Me dio la dirección y la anoté en la libreta.

Tomé mi ropa y paré un taxi. Le di las indicaciones y al cabo de cuarenta minutos me encontré en un sitio desgastado como las suelas de mis zapatos. Me parecía árido, pusilánime, como la casa de algún viejo que preferiría vivir en un asilo, pero que no cuenta con el dinero para hacerlo. Salió de una casa de concreto; frío y gris como me lo parecía ella algunas tardes. Tomó una de mis maletas y la seguí.

Esa primera noche cocinó una pasta desabrida con retazos de pollo rebosados en sal. Bebí cinco vasos de agua en menos de una hora y tuve que orinar en la parte trasera de la casa porque no contaba con un baño decente. No dije nada por temor a lastimarla o humillarla. Un año juntos, saliendo de vez en cuando y nunca me dijo que vivía en un barrio así de peculiar.

Dormimos en un catre que rechinaba con el más ligero movimiento, y las cobijas me dieron comezón. Por la mañana observé las ronchas y quité las costras que se formaban. Sentía que algo me caminaba por la espalda. Catherine dijo que saldría para comprar comida, yo debía quedarme. Accedí.

Pensé que a la larga podría acostumbrarme, la relación no era mala, no había reclamos ni juzgábamos lo que hacía el otro porque no resultaba imprescindible saberlo ¿Por qué quisiera arruinar lo único que me queda, aunque fuera así de...?

Ese día y los subsecuentes fueron una repetición borrosa de lo mismo: comida sin sabor, agua, orina, chillidos de la cama y ronchas. Catherine no hablaba más que lo suficiente. Se mostraba arisca como un perro que ha sido amarrado con una soga bajo los rayos del inclemente sol.

La noche del séptimo día, yo ya sentía una opresión: el agujero negro iba a desbordarse de mi pecho y se tragaría la casa incolora, la comida que me provocaba náuseas, a los animales que me picaban cada noche y para los cuales ninguna pomada me hacía efecto.

El agujero negro acabaría por fin con todo.

Catherine se acercó después de la cena. Tocó con el dedo índice de la mano derecha mi nariz, recorrió el mentón, acarició los cabellos despeinados. Su mueca nuevamente apareció frente a mí. Esa sonrisa franca. Me aprisionó ligeramente con sus piernas y posó sobre mí sus labios.

El agujero negro presionó mi pecho que resoplaba; uno a uno mis botones comenzaron a saltar. Todo se tornó oscuro y dejé de oír el lento inhalar y expirar de Catherine. Recordé el restaurante, las caminatas, el cubículo, a mis padres, mis deseos por el futuro. Me desvanecí en medio de un murmullo lejano.

No pensé que los números primos no conocieran el enjuague bucal.

ANA Y JULIA

Cierta tarde fui a visitar a mi amiga Ana a su nueva casa. Vivía con dos *roomies* porque no le alcanzaba para rentar sola. Sacó unas cervezas del frigobar y las puso sobre la mesa. Trajo un tazón con unos cacahuates rancios. “Es lo que hay, es que no me alcanza, wey”, dijo apenada. “Ni te molestes”, le respondí tranquila. Comenzamos a platicar sobre las chicas con las que compartía el lugar. Linda casi nunca estaba en la casa porque trabajaba de 8 a 8 y a veces se quedaba con su novio. Ana decía que le parecía una compañera ideal porque no se veían y era como si la casa fuera para ella sola.

Recientemente, su trabajo había adoptado la modalidad del *home office* y mi amiga aprovechaba para ahorrar lo de los pasajes, disfrutar de ese tiempo extra que le quitaban los traslados y, por las tardes, salir a caminar. El parque le quedaba a escasos cinco minutos y la zona parecía segura. La primera ronda de cervezas se acabó pronto. Yo le dije que traía dinero y que le invitaba un six porque teníamos mucho de no vernos. Aceptó con una gran sonrisa. Bajé a la tienda, compré las chelas y subí para seguir con la plática.

De vuelta en el depa, la otra *roomie* estaba platicando con ella. Nos presentaron. Se llamaba Julia. Me dijo que me quedaba en mi casa, tomó una de mis chelas y se fue a su habitación, no sin antes guiñarle un ojo cómplice a mi amiga. Cuando cerró su puerta, voltee a mirar a Ana para que me contara qué estaba pasando. “Nada, es solo que... Julia y yo nos llevamos muy chido y creo que tenemos algo así como una relación”, titubeó Ana. “¿¡Algo así como una relación!? ¿Y cómo pasó? ¿Qué no andabas con Paco?”, dije yo sorprendida.

Ana negó con la cabeza y me contó que Paco le había puesto los cuernos, por eso se movió tan rápido al nuevo depa y sucedió. Julia era dulce, atenta y cariñosa. La había ganado a puño limpio. Se hicieron muy cercanas porque Julia también trabajaba en casa y convivían bastante. Compartían algunos de los gastos y, aunque no había comida ni lujos, ambas se sentían tranquilas.

Me pareció de principio que era buena muchacha y se lo comenté. Ana sonrió. Nunca se había sentido así, ni siquiera con Paco y eso que habían durado varios años. Él no la buscó y para mi amiga fue lo mejor. Sentía que su vida estaba tomando un nuevo rumbo: uno positivo.

Nos acabamos las cervezas y antes de que dieran las diez, pedí un taxi y me fui a mi casa. Pensé en Ana y Julia. Hacían una bonita pareja. La chica no se veía posesiva y era particularmente agraciada. Si mi amiga era feliz, yo me sentía igual. Se lo merecía después de haber andado con tremendo patán.

Después de mi visita, tardé tres meses en volver a saber de Ana. Yo estuve muy ocupada trabajando en el despacho y tampoco era muy constante con mis amistades. Karina, su hermana, me llamó un miércoles para contarme. Me asusté cuando recibí su llamada, pensé que estaría mejor que antes, pero una nunca sabe cómo son las personas en realidad. Me citó en una cafetería cercana a mi trabajo y platicamos.

Ana estaba en un hospital psiquiátrico. Llevaba internada un mes y no había querido pronunciar palabra. La habían sacado de su antiguo departamento: tenía las manos ensangrentadas y gritaba como una loca. Unos vecinos le llamaron a su familia y al llegar, abrieron la puerta y se encontraron con una escena sacada de una película de terror.

Ana se había cortado las venas con un cuchillo, pegaba unos alaridos horribles y decía que se iba a sacar aquello de adentro. Llegaron los paramédicos y fue llevada al hospital. Le hicieron pruebas. Le diagnosticaron delirio de persecución, esquizofrenia y trastorno disociativo de la personalidad. Nadie se explicaba qué había detonado su agresividad y el ataque contra ella misma.

Karina me dijo que Ana estaba irreconocible. “¿Y Julia? ¿No han hablado con ella?”, pregunté. “Ni me la menciones. Se robó todas las pertenencias de mi hermana. Su lana, su ropa, bueno, hasta la poca comida que tenía. Pinche vieja. La neta qué bueno que se fue, ojalá nunca se le vuelva a acercar”.

Me quedé callada. Preferí no decirle a su hermana que esa noche que estuve con Ana, vi salir a Julia con un pequeño hikuri que partió y nos dio a probar. Ambas, disfrutamos del viaje. Pero yo nunca pensé que ella seguiría consumiendo después de eso. Mi amiga seguiría internada unos dos meses más. Entre la desintoxicación y las terapias, Karina apostaba que saldría adelante.

Chale, y tan bonita pareja que hacían.

BREVE DESPEDIDA

Había doblado con cuidado un par de pantalones y tres camisas. El libro descansaba sobre la cama. Lo miraba de reojo como quien sabe que entre sus páginas se esconde el secreto que le cambiará la vida. Caminaba lentamente por la habitación. En su mente revoloteaban las ideas como mariposas en un campo abierto. Sus manos sudorosas apretaban levemente el boleto de avión. La maleta, abierta de par en par, tenía dentro la ropa y una vieja libreta deshojada. ¡Esa maleta que las acompañaba en cada viaje!

Compró esa maleta para el primer viaje que hicieron juntas: Vallarta, destino paradisiaco. La adquirió en una tienda de artículos usados porque el dinero no alcanzaba para una maleta fina. Y al final, poco importaba si había costado doscientos o mil pesos, su función era la misma. Estaba un poco rota y los cierres se trababan, pero a Ros le gustaba. Creía que era igual a ellas, tratando de sobreponerse a los vaivenes de la vida.

Si no hubiera encontrado a Ros con esa mujer no tendría que estar empacando, pensó para sus adentros. La noche del viernes, se quedó a trabajar hasta tarde en el despacho de abogados, estaba cansada, pero quería llegar a casa y cenar con Ros. Le gustaba bastante: tenía el cabello oscuro como sus intenciones y unos penetrantes ojos color miel. Para alguien tan rutinaria, Ros era como haberse sacado la lotería.

No tenía idea de dónde pudo haberla conocido. En un bar de Zona Rosa, quizá. Bailando entre otras mujeres y bebiendo esas botellas calientes de cerveza. Un cruce de miradas, un guiño o una sonrisa, los besos y las caricias torpes en el baño. Podía imaginarlo. Esa era su movida, así también se habían conocido apenas unos seis meses atrás.

A Ros le gustaba sentirse deseada, como un trofeo. Flirtear con otras sin llegar a comprometerse era lo que la caracterizaba. Si lo hubiera sabido en esos momentos, no estaría ahora en esta situación. Esa noche, esa maldita noche, llegó a casa pasadas las once. Se deshizo de los tacones en el elevador y entró al departamento que compartían sigilosa, no quería despertar a Ros que hacía horas había dejado de responder los mensajes.

Entreabrió la puerta y encontró dos cuerpos desnudos que se entretejían bajo las sábanas. Sus ojos se llenaron de lágrimas y solo alcanzó a pronunciar: “¿Por qué, Ros?” Ella volteó y la miró de arriba abajo sin responder. Cerró la puerta y salió de la casa para refugiarse en una habitación de hotel. Debía aceptar la propuesta que pensaba rechazar por temor a separarse de Ros.

El *toc-toc* la trajo de vuelta a la realidad. Pensó que era Ros; que venía a decirle que no se fuera a España todavía, que aún quedaban muchas cosas por rescatar y el amor podía sostenerlo todo. A rogar por su perdón y a explicar los motivos del engaño. La ventana se azotó por el frío otoñal de noviembre y su cuerpo se erizó. Se acercó a la puerta y giró el picaporte. La tristeza inundó su cuerpo, su corazón se achicó. Toda la esperanza comenzaba a desvanecerse. Su vieja amiga, parada frente a ella, le sonrió. Estaba lista para acompañarla al aeropuerto.

EL TÍO

Por todas las veces que he hablado contigo en sueños.

Levantó el traste lleno de sopa fría que le había regalado el señor de la comida corrida. Limpió las comisuras de sus labios con la manga rota de la sudadera. Llevaba años viviendo debajo de ese puente en la avenida principal, frente a ese gran centro comercial. Nadie sabe a ciencia cierta cuántos: siete o diez, quizá. Las personas que se dirigen a la Plaza lo han visto muchas veces recortando encabezados y palabras sueltas de periódicos. Tiene muchos retazos en bolsas de plástico. Es un coleccionista.

Ve pasar a la gente pero no se inmuta. Para él no existe el tiempo; no hay pasado ni futuro, si acaso un atisbo de presente que se escapa como un suspiro. No saluda a nadie y vive solo. Los lavacoches le dicen ‘El Tío’. “Pensamos que venía de una familia rica y que estaba perdido, tiene rasgos finos”, dijeron. Nunca ha dicho su nombre porque ahora es parte de ese submundo y prefiere mantenerse en el anonimato o que lo llamen por su apodo.

Diario hace lo mismo: un hombre de rutina. Se levanta y busca entre la basura algún pedazo de comida o un vaso de Starbucks con el café a medio terminar. Va hacia su barda favorita, se sienta, saca el periódico que estaba recortando el día anterior y continúa. Cuando le da sed vuelve a rebuscar en los botes cercanos o se mete al centro comercial y bebe agua en los baños. Los policías ya no le niegan la entrada. Lo conocen y saben que es inofensivo.

Fuma las colillas que tiran los empresarios y los godínez. Tiene una caja con más de cien colillas. Cuando tiene hambre, el señor de la comida corrida o el de los tacos le da un traste de plástico con algo que humea. Lo come sin chistar. Lo devuelve y regresa a su sitio.

Observa los carros, las nubes, las personas que ríen o que gastan su dinero y llevan bolsas enormes en las manos. Nada de eso le importa. Tiene muchas hojas blancas: nunca dice de dónde le llegan los objetos. Ahí acomoda las palabras que ha recortado del periódico y forma historias graciosas: “El carro de Obama ha desaparecido. Se ofrece recompensa”. Se ríe. Piensa en qué carro será o si él pudiera encontrarlo tendría dinero para irse a Cancún. Le gusta mucho la playa de Cancún. Vivió ahí cuando era joven. Quita las palabras y saca otras de la bolsa de plástico. Así se le van los días: uno tras otro. Y los años.

Muchas de las personas lo miran con recelo. Piensan que está loco o que es un drogadicto. Vivir en las calles es de gente mala. Se alejan cuando pasan cerca de él o prefieren rodear el lugar porque “es alto y podría ser agresivo”. Como si fuera un perro. Le tienen miedo pero a él le da lo mismo. No presta atención a los comentarios. Recorta, fuma, bebé café y mira a veces todo lo que guarda en su bolsa de plástico. Lo ordena, saca lo que no sirve y listo.

Una tarde de domingo di con su paradero. Había estado preguntándole a los de los puestos si alguien había visto a un hombre alto, delgado, blanco. “Sí, es ‘El Tío’. A veces está ahí o luego se va a otros puentes a caminar pero nunca se ha ido de acá”. Asentí después de decir un “gracias” entrecortado. Caminé por la calle que me señalaron.

Había recorrido ese camino cuando joven. Recuerdo haber sostenido la mano de mi madre y entrar a la plaza a comprar aros de cebolla para sentarnos después cerca del mismo puente a contemplar el pasar de los carros. No teníamos dinero para comer en los restaurantes caros de esa zona, pero disfrutábamos el tiempo juntas. Tratábamos de encontrar formas en las nubes y yo me reía.

Mientras caminaba los recuerdos se agolpaban uno a uno. Los sonidos de los carros se disolvían y solo escuchaba mi corazón acelerado. A lo lejos divisé su figura.

Estaba sentado mirando una pared. Me acerqué con cautela. Doce años después estábamos frente a frente. No dije nada. Él tampoco. Estiré la mano para darle un Sor Juana. Levantó la cara y mostró una sonrisa de dientes medio amarillentos. Su rostro tenía las marcas del paso del tiempo; el sol había hecho estragos en esa piel blanca y su mirada profunda me recorrió de arriba abajo. “Órale, chido. Voy a comprar una Coca con éste”.

Traté de contener las lágrimas y di media vuelta. “Oye, ¿cómo te llamas?”, preguntó antes de que me fuera. “Eso no importa. Vendré a verte después. Cuídate”, respondí con un nudo en la garganta.

Me dirigí al metro sin voltear.

Dejé a mi padre comprándose su refresco en la esquina.

EL NIÑO DE LA CAPILLA

Era un cálido sábado de abril cuando mi madre nos despertó a gritos: “¡Todos arriba! Por fin van a conocerlo. Ya están en edad. Es hora de que cambiemos el rumbo de las cosas”. Mis hermanos y yo no teníamos idea de a qué o a quién se refería. Empacamos, por órdenes de mi madre, ropa, tenis y dos cobijas en unas viejas maletas que pocas veces ocupamos al salir de vacaciones. Pedro, el mayor, nos miraba extrañado. Nunca habíamos visto a mamá tan ansiosa o con ganas de hacer lo que fuera.

Subimos al carro sin rechistar. Roberto y yo nos acomodamos en la parte trasera; Pedro manejaría las primeras horas. Mi madre se acomodó en el asiento del copiloto, le dio indicaciones a mi hermano, pusieron el celular en el soporte y la música a un volumen prudente. Entre sus piernas, descansaba la bolsa de mandado repleta de tortas de jamón y de huevo con frijoles y dos botellas de agua de naranja. Nos las pasó y comimos sin hablar.

Las primeras cuatro horas del camino se pasaron volando. Mi madre nos contaba algunas historias del lugar al que íbamos sin revelar demasiados detalles. Hacía hincapié en la situación actual: la guerra entre Rusia y Ucrania, el covid-19, la cantidad masiva de abortos, los matrimonios homosexuales y demás cosas que, claramente, habían sido provocadas por el maligno. Y aseguraba ferviente que cuando llegáramos a nuestro destino, podían cambiar las cosas. “Si se tiene la suficiente fe, no hay imposibles”, aseveraba.

Hicimos una parada antes de que las seis horas de camino se cumplieran. Bajamos al baño, estiramos los pies y Pedro se quedó mirando al horizonte pensativo. Tal vez intuía el destino, pero no nos dijo nada. Cambió el lugar con Roberto y mi madre dijo que a unos

cuantos kilómetros encontraríamos la entrada a un pueblo donde podríamos dormir y continuar el viaje por la mañana.

Roberto manejó cerca de tres horas más antes de divisar el pueblo. Se llamaba San Felipe Otlaltepec. Era un típico pueblo con sus iglesias y una plaza. Pagamos dos habitaciones. Mi madre se bañó y decidió salir a dar la vuelta, no quiso que ninguno de nosotros la acompañara.

Ya en la habitación comenzamos a especular sobre lo que se traía entre manos. “Igual se volvió loca. Con la edad que tiene, no lo pondría en duda”, solté yo. “No digas estupideces, Emma, aunque no lo descarto... ¿Adónde nos estará llevando? Nunca habla, y de pronto, se le ocurre salir con esto”, respondió Roberto. “Sea lo que sea, pues habrá que darle el gusto. Igual y no es algo tan descabellado” comentó Pedro.

No tardó mucho en volver. Traía unas flores blancas, un tren de madera, panes y una garrafa de agua. Probablemente iríamos a visitar a algunos de sus viejos parientes. Lo más aburrido para el fin de semana, pero daba igual, ya estaba arruinado. Pedimos de cenar y nos dormimos.

A la mañana siguiente, recogimos nuestras cosas, bebimos café con pan y nos subimos al carro. Era mi turno de manejar. Coloqué el celular, me abroché el cinturón y remoqué mis labios, nervioso. Según mi madre solo faltaban dos horas para llegar al destino.

En el mapa pude divisar que nos dirigíamos a un pueblo llamado Huajuapán de León en Oaxaca. Nunca había oído hablar de él y no sabía que ella tuviera familiares allá. Hasta donde tenía entendido era oriunda de Zacatecas, donde vivíamos desde hacía muchos años. La observé de reojo y pude ver pequeñas gotas de sudor que resbalaban por sus patillas.

Cuando entramos al pueblo, el sudor se detuvo y su semblante se transformó. Pasamos el pueblo y nos dirigimos a una localidad llamada San José Ayuquila. Nos estacionamos a un lado de la carretera. Una casa de color azul con ladrillos gastados remataba el paisaje de la sierra que nos rodeaba. Bajamos con mucho cuidado. Mi madre parecía conocer el lugar y se acercó a la puerta. Tocó tres veces. Esperamos a que alguien abriera.

Un viejo canoso y con bastón abrió lentamente. Miró a mi madre de arriba abajo y en un susurro pronunció: “Mi querida Adelaida, ¡cuánto tiempo sin verte!” Se fundieron en un cálido abrazo, mientras mis hermanos y yo nos volteábamos a ver. “Vengan, los voy a presentar. Padrino, ellos son mis tres hijos: Pedro, Roberto y Emmanuel. Hijos, él es mi padrino Anastasio”. “¿Así que manejamos tantas horas solo para ver a tu padrino?” soltó Pedro. “Más respeto, Pedro. Y no, no solo venimos para verlo. Iremos ante el niño de la capilla”.

“Hace muchos años que no vienes a estas tierras, Adelaida. Pensamos que te habías olvidado de él. Bien sabes que el niño a veces es rencoroso y nunca olvida los favores que ha hecho. Me alegra que hayas regresado. Coman algo antes de emprender el camino. Y pueden dejar el carro aquí en la casa. Se ha vuelto caprichoso y el ruido le molesta”.

Nos metimos a la casa del padrino de mi madre. Pocas personas sabían de la existencia del niño de la capilla, contó el anciano. Afortunadamente, el rumor no pasó de los pueblos cercanos y con la tecnología y la modernización de otras localidades, nadie quería caminar cinco kilómetros por la sierra para verlo. Ya nadie lo necesitaba. Pero, al parecer, mi madre sí.

Por más que preguntamos sobre el origen y los favores que hacía, obtuvimos respuestas sesgadas y ambiguas que no saciaban nuestra curiosidad: “Llegó aquí mucho antes que nosotros”, “Solamente si eres devoto y los pecados no te persiguen podrás encontrarlo”, “Logró que tres mujeres tuvieran hijos sanos”, “Curó a Charito, la de los maizales, del cáncer”. El niño de la capilla era bueno, pero también podía enojarse con aquellos que no cumplieran sus mandas, puntualizó mi madre.

“¿El niño de la capilla es una especie de apodo para un médico de la región o qué estudió exactamente?”, replicó Roberto, “Porque si cura y hace que los bebés no tengan malformaciones o enfermedades, entonces debe de haber estudiado. ¿O les da remedios, utiliza herbolaria o algo así?” Mi madre le echó una de sus miradas asesinas. “Pues sí, mamá. Ni modo que sea un mago o Jesucristo para hacer milagros a diestra y siniestra”, dije yo. Otra mirada.

“Será mejor que los lleves, Adelaida. Tal vez, si los has criado bien, podrán acercarse a él. Llévale los alimentos y las flores. Y cántale como le gusta. Espero que no hayas olvidado el camino”.

Mis hermanos y yo estábamos desconcertados. No teníamos idea de qué o quién era el niño de la capilla y porqué era tan imperioso para mi madre el verlo. Antes de partir, dejamos nuestros teléfonos en la casa del padrino Anastasio y nuestro dinero. Nos preocupaba que en el camino nos salieran unos narcos y nos quitaran todo lo que traíamos. “Aquí casi no hay de esos”, dijo el padrino. En una bolsa colocamos un ramo de flores blancas, el tren, dos de los panes y la garrafa de agua. Nos despedimos y salimos de la casa.

Caminamos cerca de una hora y media. El padrino había dicho que eran cinco kilómetros, pero nuestra condición física en un terreno como el de la sierra, no nos ayudaba. Además, nos turnábamos para cargar la garrafa de agua, mientras mi madre solo llevaba consigo los demás regalos para el niño. Nuestros pasos resonaban bajo las hojas y el viento fresco nos evaporaba las sendas gotas de sudor. Nadie dijo una sola palabra.

Atravesamos un montículo y al dar vuelta a la derecha, el camino se volvió estrecho. Mi madre, como si fuera una jovencita, se agachó y quitó las ramas que le golpeaban la cara con destreza. La seguimos sin rechistar. Pasados unos minutos la vimos. No cabíamos del asombro. Pedro por poco y suelta la garrafa, Roberto palideció y yo solté una risita nerviosa. Frente a nosotros se alzaba una capilla descolorida de dos metros de altura, sí, en medio de la sierra oaxaqueña.

Estuvimos a nada de acercarnos, cuando mi madre nos detuvo. “Aún no. Hace mucho que no veo al niño y necesito darle sus regalos antes de que lo conozcan”. Tomó la garrafa y los obsequios. De rodillas se dirigió hacia el niño que yacía en la capilla. Desde donde estábamos parecía una momia de un pequeño de seis años. Algunos regalos esparcidos en su capilla nos dejaron claro que no éramos los únicos que lo habían visitado recientemente.

Mi madre entonó una canción infantil que nunca habíamos escuchado. Decía lo siguiente:

“Niño, niño, ¿qué haces ahí?

Niño, niño, ven a jugar.

En la Sierra Oaxaqueña,
tienes tu hogar.

Niño, niño, no tengas miedo

Yo te acompaño y te venero”

Depositó los objetos a los pies de la capilla y una fuerte brisa nos envolvió abriendo de par en par las puertas de cristal que lo protegían. “No corran ni hagan movimientos bruscos. Al niño le gusta estar tranquilo”. Sentí que algo me recorría la espina dorsal. Tragué saliva y escuché cómo mis hermanos la pasaban también.

“Niño de la Capilla sé que te he tenido abandonado, pero siempre te rezo en casa y pido que intercedas por nosotros. Vengo ante ti, traigo a mis tres hijos a que te conozcan y hagan penitencia en tu nombre. Son buenos, no hay pecado en su alma ni mancha alguna que los vuelva indignos ante tu mirada. Te pido por favor que los dejes acercarse”, mi madre nos miró y como si fuera magia no pudimos negarnos a ir con ella y postrarnos frente al niño.

Lo miré de arriba abajo. Era de aproximadamente seis años, parecía estar preservado por algún mineral como los fósiles de los dinosaurios, sus ropas estaban sobrepuestas (un pantalón de manta y una camisola gastada). Aunque no se distinguían sus facciones, su rostro denotaba alegría al ver a mi madre. Realmente estaba presente. Incliné la cabeza porque sentí que su mirada se posó sobre mí, juzgándome. Quise levantarme, pero fue imposible.

Mi madre sonrió con él. Pedro y Roberto tampoco pudieron moverse. De todas maneras, no recordábamos el camino de vuelta y era mejor esperarla. No fuera a pasarle algo si la dejábamos sola o a nosotros... “Niño, niño, vengo a pedirte con el corazón en la mano que me des una señal de aquello que con tanto fervor te he encargado. Mi sacrificio ante ti es tal, que estoy dispuesta a desplazarme estos cinco kilómetros de rodillas”. Desconcertados le dijimos a mi madre que se calmara, pero ella no escuchó.

El cielo que minutos antes estaba despejado, comenzó a plagarse de nubes. Una lluvia torrencial cayó sobre nosotros. No hallábamos dónde guarecernos. Mi madre alzó la mirada y recibió las gotas como una bendición o un milagro sanador.

Volvió a cantar para el niño que ahora tenía una sonrisa mucho más pronunciada bajo su rostro fosilizado. Un trueno cayó cerca y el relámpago dejó ver las lágrimas de mi madre. Entre sollozos gritó la respuesta que su corazón tanto anhelaba y que el niño de la capilla le había otorgado: “¡Toño está vivo, no me lo han matado!” Lloramos al unísono, al saber que el Cartel que hace años había secuestrado a mi hermano aún no lo había asesinado y a eso nos íbamos a aferrar para continuar nuestro camino.

OTRA NOCHE MÁS

Estaba cansado. Llevaba tres días con sus noches sin pegar pestaña. Se acostaba en la cama pasadas las diez, destendía la cama y se recostaba. Miraba el techo en espera de que el sueño llegara a visitarlo. Nada. Las cobijas lo aprisionaban y el *tic-tac* del reloj en la pared lo molestaba. El tiempo y Morfeo se burlaban de él.

Se rascaba el pie izquierdo con las uñas del derecho, *crash crash*, la costra del día anterior se desprendía poco a poco como un viejo cartel pegado con cinta adhesiva. A pesar de que nunca se tapaba el rostro con la sábana, sentía el calor subiendo lentamente desde sus pies hasta la punta de las orejas. Era un calor abrasador, le sudaban los pliegues de las rodillasy se movía de un lado a otro. Primero sobre el costado derecho, pero el dolor de la espalda lo obligaba a los pocos minutos a volver a la posición original: la mirada siempre al techo grisáceo. Después se rodaba sobre su costado izquierdo. La gota de sudor de la rodilla resbalaba como rocío matutino.

Era verano. La ventana abierta unos siete centímetros permitía que el aire fresco entrara, pero no era suficiente para acabar con el bochorno nocturno. El sueño seguía sin dar señales de vida. *Tic-tac*. Miraba de vez en vez el reloj fijo en la pared: como un anuncio que dictara “Tu vida no vale nada, tampoco tu sueño vale nada”. Se desesperaba.

Movía las manos dentro de las sábanas, tronaba sus dedos de uno en uno; primero la mano derecha; después, la izquierda. Juguetecía con la cutícula: bajarla despacio. Su mente daba vueltas. La brisa hacía un ruidito extraño. Las persianas bailoteaban. Ese era otro de los sonidos que más lo fastidiaban.

Sacó el pie derecho de la sábana y lo colocó hacia la ventana, donde pegaba la brisa veraniega. Cerró los ojos. El pie iba de un lugar a otro; dando vueltas sobre sí mismo como una pequeña bailarina en una caja de música; de arriba abajo asintiendo. El hombre sentía dolor en las extremidades; su cuerpo se reconocía así mismo con los movimientos. Dormir, solo pensaba en dormir para siempre y nunca despertar. Abrió los ojos lentamente, relamió sus labios. Su mente dijo basta. Sabía que estaría otra noche en vela.

ESTÁTICA

Sobre la mesa se encuentran los restos del pan con mantequilla. Las moscas se amontonan en la fruta que comienza a gotear sus mieles y forman un charco. No tardarán en llegar las hormigas y devorar de a poco el festín que yace esparcido. Una a una se llevarán pedazos de pan, las manzanas podridas, los restos de huevo con jamón.

En la estancia se acumula el calor del verano. Afuera, los transeúntes siguen su camino. El sol cala sobre sus cabezas y gotean perlas de sudor. Como frutas podridas, deshechas. Dentro de la casa suena un teléfono. El sonido choca con las paredes y regresa al aparato. El único sonido que se percibe es la estática del televisor encendido en la habitación principal.

Las puertas tienen la pintura descarapelada, los muebles de madera rechinan desde hace tiempo y la ligera capa de polvo que se formó sobre ellos va aumentando. Las partículas son iluminadas por un tenue rayo de sol que se cuele travieso por las cortinas roídas.

Un gato bebe leche directamente de un vaso. Lame sus patas delanteras y se pasea contoneándose sobre la mesa del comedor. Baja. Maúlla constantemente y juega con las agujetas de los zapatos del hombre. Ese hombre que lo acogió una noche de lluvia y lo llevó a casa arropado por su saco. El gato se acuesta. Y observa.

Ahora ese hombre ya no lo acaricia.

Ahora cuelga de la viga del techo de su vieja casa.

DESPEDIDA EN AÑO BISIESTO

Para Omar

Eran las dos de la tarde y el calor estaba en su punto máximo. Era febrero y no podía imaginar siquiera lo que nos esperaba en los meses siguientes. Me había levantado varias veces del sofá encaminándome a la cocina para buscar algo que comer. Aunque no tenía hambre, solo la necesidad de rebuscar en el refrigerador y la alacena para llevarme lo que fuera a la boca. Sentía una ansiedad inexplicable. Estar encerrada en casa solo hacía que mi mente pasara de un pensamiento a otro.

Desbloquee el celular para ver los estados de WhatsApp de mis contactos. Tenía casi una semana sin intercambiar palabra con ninguno de ellos. Estaba desconectada y apática. Como en la universidad el último semestre. Tanta gente en la calle me hartaba y llegaba cansada a las clases, así que prefería no hablar ni preguntar nada. Me limitaba a escuchar al profesor en turno o a mis compañeros discutiendo sobre la lectura de la semana, la visita a la zona arqueológica o el ensayo que se debía entregar al final para aprobar. Yo ya sabía cómo organizarme, así que me limitaba a asentir si me hacían una pregunta o soltaba un vago comentario que no invitara a la charla.

Pasaba los estados sin prestar atención hasta que un moño negro me hizo detenerme. “Alguien murió”, fue mi primer pensamiento. La muerte era un tema recurrente y el miedo que provocaba saberla tan cerca, acechándonos, me erizaba la piel. Los rumores de la pandemia en la televisión y otros medios se escuchaban con más frecuencia. Todo el mundo estaba alerta.

Yo no había tenido una muerte por la enfermedad, entonces me sentía, en cierta forma, a salvo. Pero el moño negro hizo eco en mí y en todo mi cuerpo.

Con el dedo índice toqué la pantalla para detenerme en la imagen. Era una cruz blanca y un moño negro atravesándola. No había leído el nombre del contacto que la había compartido, pero en la parte inferior leí: “Descansa en paz, Gabriel”. Sentí nuevamente una ansiedad inexplicable y mis ojos rápidamente buscaron el nombre del contacto. Era la madre de mi expareja.

“No puede ser”, este pensamiento se repitió en mi mente por al menos sesenta segundos. Quise llorar, pero las lágrimas no brotaron de mis ojos; quise gritar, pero la voz se fue achicando en mi pecho haciéndose un ovillo. Era impensable que él hubiera muerto y que nadie me hubiese avisado.

...

Gabriel y yo rompimos unos seis meses antes de su repentina muerte. Los problemas típicos de una relación de más de seis años se manifestaron y fuimos incapaces de hacerles frente. Engaños (no tan relevantes en su momento), enojos por no saber a dónde ir a comer o qué película ver, la irritabilidad al estar en la misma habitación y el temor de ser quien decidiera romper la relación nos mantuvo durante casi un año en un vaivén de emociones. Probamos de todo: terapia de pareja, retiros espirituales, conocernos de nuevo para reavivar la llama de la pasión. Fue en vano.

Una tarde de domingo lo cité en un restaurante. Le dije que estaba cansada, que debíamos separarnos porque si no el daño sería irreparable. Asintió. “No tengo nada que decirte. Tú tomaste una decisión y yo solo voy a respetarla”, fue lo único que salió de su boca. Y lágrimas. Como siempre.

Las lágrimas de Gabriel fueron el lenguaje durante nuestra relación. Se escudaba tantas veces en la incapacidad de verbalizar sus emociones y lloraba. Lloró la primera vez que le dije te amo. Lloró cuando hicimos el amor en aquella cabaña y le acaricié el cabello durante la madrugada. Y lloró cuando decidí terminar con él en esa tarde de domingo.

Se tapó la cara con ambas manos mientras lo miraba de arriba abajo. Quería memorizar sus gestos, no como un motivo para burlarme después de él, sino para entender por qué no estaba luchando por mí.

Cuando nos conocimos jamás pensé que fuéramos a tener una relación tan profunda. Él era mayor que yo y no teníamos nada en común, excepto que asistíamos a la misma universidad. Yo estudiaba el primer año de Arqueología y él estaba cursando el último año de Restauración.

Nuestro encuentro, inesperado, me hizo pensar que las casualidades no existen. El destino siempre entreteje nuestras vidas y seguramente tenía que ser de esa manera. Una compañera se presentó en nuestro salón para invitarnos a un Coloquio donde los alumnos mostrarían los proyectos de restauración en los cuales estaban trabajando. El profesor que nos daría clase nos instó a asistir para conocer la forma en la que otros estudiantes realizaban sus investigaciones.

Desganada me dirigí al auditorio y me senté en la última fila. De pronto, lo vi. Sentado en la tercera fila en el quinto asiento. Llevaba lentes de sol a pesar de estar en un lugar cerrado. Volteó e hizo un gesto con la cabeza. Seis años se fueron volando después de ese encuentro.

...

Con el teléfono entre las manos miré la cruz blanca y el moño negro. No lograba recordar su voz. Se difuminaba entre los recuerdos que tenía de él. Lograba vislumbrar su playera negra, la pulsera que le regalé y llevaba siempre en la mano izquierda, su media sonrisa y la forma sutil de mostrar que estaba molesto solo posando la lengua detrás de los dientes. Un dolor que jamás había sentido se instaló sobre mis muñecas y tuve que soltar el aparato para sobarme repetidamente. Al contrario de él, las lágrimas no eran un medio para expresar mis emociones, necesitaba hablarlo todo. Pero la voz no salía de mi garganta.

Me levanté del sofá y entré a mi cuarto. De la pared colgaba un calendario que me había regalado una amiga en el intercambio navideño. Marcar el paso del tiempo me tranquilizaba. Lo miré fijamente. Arriba los números **2 0 2 0** indicaban el año. Al lado del calendario estaba clavado un pizarrón blanco que Gabriel me había regalado para anotar las cosas importantes y que no se me olvidaran. Una postal de Japón colocada con un imán sobre el pizarrón, una nota medio borrada en la cual se leía: “No es para tanto” y la primera foto que nos tomaron juntos en uno de los pasillos de la universidad. Su sonrisa plena y el abrazo.

Busqué en mis cajones un plumón rojo para tachar la fecha en el calendario: sábado 29 de febrero de 2020. Posé mi mirada sobre las líneas rojas que cruzaban el pequeño cuadrado. Era el último día del mes. El primer día del resto de mi vida sin él.

“¿Quién usa calendario en esta época?”, me dijo riéndose cuando le conté que los coleccionaba desde años atrás. “Ya sabes que soy incapaz de pasar un día sin mirarlo para saber en qué momento me encuentro”, respondí. Solía anotar hasta el más mínimo detalle para no olvidar. Él solía llamarme ñoña por coleccionar cosas tan raras.

Guardé el plumón en el cajón. Ya sabía que era incapaz de pasar un día sin revisarlo, pero decidí sin miramientos no volver a tener un calendario.

CUMPLEAÑOS

“Ese maldito despertador, otra vez”, refunfuñó Nadia. No se trataba de su alarma a la cual le faltaban escasos veinte minutos para sonar sino al despertador del departamento de a lado. Nadia vivía en un edificio viejo en las afueras de la ciudad. No podía conseguir algo mejor debido al aumento de las rentas y los requisitos cada vez más elaborados que solicitaban para habitar un mísero cuarto compartiendo el espacio con otras tres o cuatro personas.

El pequeño departamento que rentaba estaba construido con tablaroca, así que todos los sonidos traspasaban las paredes sin problema. La familia que vivía a un lado era ruidosa a más no poder. Esto exasperaba a Nadia que ya se había quejado en incontables ocasiones con el casero. “Pues si no te gusta, hay muchos más haciendo fila, eh, muchacha”, le había respondido el viejo. El despertador volvió a sonar. “¿Por qué no lo apagan? Maldita sea”. Un manotazo de pronto terminó con el sonido repetitivo.

La señora se levantó de su cama y a gritos despertó al marido. “¡Se te hace tarde, Chucho! No vas a entrar al metro, chingao”. “Cállate y mejor hazme algo para llevar”. Un breve momento de silencio y después la llave del agua, la estufa, la televisión y los niños invadieron el espacio. Nadia colocó la almohada sobre su cara y apretó fuerte para tratar de callar el ruido. Su alarma sonó. Miró el teléfono para detener el sonido. Las seis de la mañana.

Se levantó y abrió la única ventana que daba hacia la calle. Un rayo de sol se coló jugueteón entre las persianas. Caminó hacia la pequeña caja de madera que yacía sobre el mueble de la televisión. Encendió la vela blanca con los cerillos que una noche antes compró. Acercó las rosas azules que flotaban ligeras en el florero descarapelado.

Buscó la aplicación de música y subió el volumen al máximo. Sonaron las mañanitas. “Feliz cumpleaños”, dijo en voz alta y rodeó su propio cuerpo aún cálido con sus dos brazos. “Hoy cumplirías dos años, Nicolás”. El sol cada vez más intenso iluminó el rostro demacrado de la joven Nadia que lloraba en silencio para no arruinar el día de su pequeño.

ÍNDICE

I. POÉTICA

EL PAÍS DEL SOL NACIENTE: INFLUENCIA LITERARIA	6
--	---

CAPÍTULO I

EL PERIODO HEISEI Y LA PRODUCCIÓN LITERARIA EN JAPÓN.....	8
---	---

DOS ESCRITORAS JAPONESAS CONTEMPORÁNEAS	11
---	----

LA LITERATURA JAPONESA EN MI ESCRITURA.....	18
---	----

CAPÍTULO II

EL CUENTO Y SUS DEFINICIONES	21
------------------------------------	----

ESTRUCTURA LITERARIA ORIENTAL: EL KISHŌTENKETSU.....	31
--	----

CAPÍTULO III

TRES MANERAS DE DECIR ADIÓS	37
-----------------------------------	----

LA INCAPACIDAD DE CONECTAR EN SELVA Y UN PASEO POR EL PARQUE	38
--	----

LA SOLEDAD EN SUEÑO PROFUNDO Y EN PLENO VUELO.....	44
--	----

LA TRISTEZA EN DESPEDIDA EN AÑO BISIESTO Y CRISTALES DE MENTA.....	52
--	----

SOBRE MI OBRA.....	60
--------------------	----

BIBLIOGRAFÍA.....	62
-------------------	----

OBRA CREATIVA.....	67
--------------------	----

I. OBRA CREATIVA

<i>DESPEDIDA EN AÑO BISIESTO Y OTRAS MANERAS DE DECIR ADIÓS</i>	68
EN PLENO VUELO	70
ENCUENTRO	73
SELVA.....	78
MUDANZA	83
LOS NÚMEROS PRIMOS	88
ANA Y JULIA.....	94
BREVE DESPEDIDA	97
EL TÍO.....	99
EL NIÑO DE LA CAPILLA	102
OTRA NOCHE MÁS.....	109
ESTÁTICA	111
DESPEDIDA EN AÑO BISIESTO.....	112
CUMPLEAÑOS	117